



*Sagrados Corazones*  
PROVINCIA DE ESPAÑA

# MEMORIAS - 1

## Gabriel de la Barre fidelidad e historia

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc



## Índice

Prólogo (escritos 1802-1829) .....	3
Biografía .....	5
Gabriel de la Barre y su obra.....	7
Memorias	
Primer Cuaderno.....	16
Segundo Cuaderno.....	37

## MEMORIAS – 1

### GABRIEL DE LA BARRE FIDELIDAD E HISTORIA

#### Escritos 1802-1829

Responder a la invitación de escribir un *prólogo* a los *“Escritos de Gabriel de la Barre”* me proporciona una verdadera alegría por más de una razón. En primer lugar es Hermosa la ocasión de expresar mi gratitud al equipo del Secretariado general cuya perseverancia ha hecho posible esta publicación y con la que hemos colaborado estrechamente desde hace seis años.

También ha sido una ocasión única, en este año del bicentenario de la Congregación, para ofrecer un material de primera mano sobre las historia de nuestros orígenes y sobre la personalidad de nuestros fundadores. ¿No es Gabriel efectivamente, con el mismo título que Hilarión, el testigo privilegiado de los comienzos de nuestra familia religiosa?. Más aún, es la amiga de corazón y la confidente de la Buena Madre y la “querida pariente” del Buen Padre que la escribe a menudo... ¡con una media de hasta dos veces por mes a lo largo del año 1804!

Nuestra hermana Gabriel tiene la atractiva personalidad y la sensibilidad extrema, forma parte del primer grupo de hermanas que pronuncian sus votos en octubre de 1800. Se convierte en la primera Superiora de Poitiers en 1802, cuando la Buena Madre se traslada a Mende. Es también la primera que es nombrada maestra de Novicias y a la que la Buena Madre envía a las Novicias que no podía formar en otro lugar. Gabriel es además la que administra una gran parte de los bienes que hermanas y hermanas van adquiriendo progresivamente en Poitiers. Sin olvidar su excelente servicio de secretaria del primer Capítulo general de 1819.

Gabriel escribió mucho, dando abundantes detalles sobre los acontecimientos. Unas veces escribe por propia iniciativa y otras para responder a una petición explícita, pero siempre su pluma está “bien cortada”. Una gran parte de la obra

de Gabriel ha sido publicada en los *"Annales de la Congregation"*<sup>1</sup>. Una larga y completa introducción realizada en este número, nos ahorra hacer otra en esta obra. Otros escritos han aparecido más recientemente en documentos poligrafiados, impresos en el Secretariado general de los Hermanos.

En 1933 fue publicada una selección de cartas intercambiadas entre Gabriel y la Buena Madre<sup>2</sup>. Por otra parte, sería de gran provecho, si antes de leer estas páginas que ahora publicamos, se volviera a leer esta obra que contiene un buen retrato de Gabriel.

En la última serie de los *"Cahiers de Spiritualité"*<sup>3</sup>, se contiene un artículo consagrado a Gabriel, *"Soeur et mémorialiste"*. El interés de la presente obra consiste en presentar todos los escritos de Gabriel – excepto su correspondencia – en un solo volumen. Esto proporciona un documento bastante sustancial. Quizás tendría todavía que ser completado si se encontrara la pista de todos esos *"opúsculos de piedad"* escritos entre 1795 y 1800, de los que habla Hilarión, cuando, ante el anuncio de la muerte de Gabriel, muestra el disgusto de no poder citarlos totalmente a causa de su abundancia.

Por haber sido la más fiel y la más cuidadosa con los fundadores, Gabriel ha captado de un modo único la fuerza del carisma SS.CC. Lo ha vivido y lo ha comunicado desapareciendo totalmente ante los intereses de la Obra.

No me queda más que formular una invitación para encontrarnos con los escritos de Gabriel. Más allá del interés histórico, serán ciertamente una fuerza y una fuente viva para aquellos/as que vendrán, cuando se abre el tercer centenario de nuestra Congregación.

*Jeanne Cadiou, ss.cc.*  
Superiora General

---

<sup>1</sup> *Annales Congregationis Sacrorum Cordium*, Volume VI, N° 31, pp. 161 a 241, Rome 1962.

<sup>2</sup> *Correspondance Henriette Aymer-Gabriel de la Barre*, Rome, 1933

<sup>3</sup> *Cahier de Spiritualité*, N° 17, pp. 20-29, Rome, 1997.

# BIOGRAFÍA

María, Juana, Helena de la Barre (en religión Sor Gabriel)<sup>1</sup>, nació en Poitiers el 18 de agosto de 1771. Era la hija mayor de la familia.

Su padre, Gaspar, Alexis, Thibault, José de la Barre, capitán, a sus veintinueve años se encontraba lleno de deudas por su tren de vida que ya llevaba .Pensando en alejar a su hijo Gaspar de un mundo de tentaciones, su padre – abuelo de Elena - le había enviado a Santo Domingo, colonia francesa, como capitán de dragones. Allí, Gaspard encontró a Catalina Lévêque, de la que se enamoró. Volvió con ella a Francia y se casó en Burdeos el 9 de agosto de 1770.

Catalina aportó como dote dos plantaciones de azúcar, pero paradójicamente, este matrimonio también le cerró el paso a Gaspar para volver a la isla, porque Catalina tenía un color de piel un tanto moreno. Al casarse con una “hija con mezcla de sangre” cometió una suerte de menosprecio que no le permitió en adelante emplearse en la isla en calidad de oficial.

La joven pareja se estableció en Poitiers donde adquirió una especie de hotel particular, uno de los más modernos de la ciudad en aquella época. Pero el padre de Catalina no entregó totalmente la dote prometida a su hija y enseguida el conde de la Barre, siempre tan gastador, se encontró rápidamente cubierto de deudas.

En 1786, después de algunas aventuras financieras, con la suerte de espaldas y a causa de una confianza equivocada en ciertas personas, Gaspar de la Barre perseguido por numerosos acreedores, no encontró mas que una solución: establecer a su familia en el castillo de Loubressay, alquilar el hotel particular de Poitiers y marcharse a Santo Domingo para explotar por su cuenta sus propiedades. Todos los productos terminaban entre las manos de los acreedores y, a la larga, la deuda quedó reabsorbida. Pero el 7 de Junio 1790, Gaspar de la Barre murió en su plantación. Catalina tenía cuarenta años y Elena diecinueve años.

Su hermano Gaspard, emigra a Santo Domingo en 1791. Se alista en la armada del Príncipe de Condé. Muere en 1794 cuando justamente acababa de embarcar para Santo Domingo donde la situación no era buena y donde ya se anunciaban revueltas de esclavos.

Una de sus hermanas, Emilia, nacida en 1778, murió a la edad de 18 meses. La segunda, Antoñita, desaparece en 1795. La tercera Teresa, se casa con Carlos de Villeneuve, conde de Vitré.

---

<sup>1</sup> El nombre en masculino se ha conservado en la tradición de la Congregación, tal como ella lo llevó durante toda su vida como manera sutil y graciosa de despistar las listas de la policía de la Revolución.

En los días más sombríos de la Revolución, la señora Catalina de la Barre y sus tres hijas son encarceladas el 28 de marzo 1794 en las *Hospitalarias* porque su hijo ha emigrado.. Su salida de la prisión tuvo lugar el 6 de septiembre de 1794.

La noche de Navidad, el famoso de la resistencia que fue el sacerdote Coudrin, llegó para celebrar la primera de las tres misas rituales en el hotel de la Barre, en presencia de la señora de la Barre y de sus hijas. Desde la salida de la prisión, Elena había sido ya admitida en la Asociación del Sagrado Corazón, establecida en Poitiers, en la calle des Olérons, por la señorita Geoffroy. Parece que primero fue hermana externa y que no tuvo relación definitiva con Enriqueta Aymer de la Chevalerie en la Grand'Maison, hasta el 22 diciembre de 1798<sup>2</sup>.

Durante estos años la Sra. de la Barre y sus hijas ocuparon tan solo algunas habitaciones de su hotel particular, alquilando el resto. Y poco a poco, Catalina residiría en el castillo de Loubressay. Ocupó hacia el fin de su vida un alojamiento en la calle del Seminario Menor en Poitiers donde murió el 6 de noviembre 1812 a la edad de 61 años.

Helena renunció a la sucesión de sus padres en 1815, porque temía implicar a la naciente Congregación en un embrollo de créditos y de juicios que no cesaron hasta 1822, es decir unos cincuenta años después del comienzo del endeudamiento de su padre.

Emitió sus primeros votos en la Congregación en Poitiers, el 20 de octubre 1800 y se convirtió como religiosa en Sor Gabriel. Pronunció sus votos perpetuos en Poitiers, el 2 de febrero 1801. Fue Superiora de la casa de Poitiers desde julio 1802 hasta su muerte y miembro de los Capítulos Generales de 1819 y 1824.

Gabriel de la Barre murió en la Grand'Maison de Poitiers el 6 de mayo 1829

Cfr. (Écrits 1802-1829, Casa General Hermanas, Roma 2000, pp. 5-7)

---

<sup>2</sup> Cf. Correspondence Henriette Aymer-Gabriel de la Barre, cartas 478 y 536, Roma 1993

# GABRIEL DE LA BARRE Y SU OBRA

Annales 1962, pgs.161-170  
Casa General Hermanos

Para comprender bien una obra literaria y estimar su valor, sobretodo si es histórica y se refiere a personas que han existido realmente, es necesario un cierto conocimiento del autor. Este es el fin de estas líneas de introducción: dar una idea sumaria sobre **la vida y los escritos** de la Madre Gabriel de la Barre, de la que publicamos en este número de "Annales" las "*Memorias*" sobre los *comienzos* de la Congregación.

La mayor parte de los miembros del Instituto, por no decir todos, han oído hablar de estas "Memorias" y han leído alguno de sus extractos: todos cuantos han escrito sobre los orígenes de nuestro Instituto, sobre la vida de nuestros venerados Fundadores, sobre los fines de su obra y los medios para alcanzarlos, se han referido a las Memorias de la Madre Gabriel de la Barre. Es lo que ya hizo, y en gran medida, el P. Hilarión, en sus "Memorias" y sus "Vidas" de los Fundadores. Y tenía razón, porque en la obra de Sor Gabriel se encuentran expuestos, por primera vez en el tiempo, los hechos que condujeron a la fundación de nuestro Instituto y descrito el ideal que animó a nuestros Fundadores. Pero para un buen número de nosotros, que no hemos tenido que utilizar estos escritos, su persona es casi desconocida. Excepto algunas notas dispersas aquí y allá, nuestros "Annales" todavía no habían trazado ninguna biografía de ella. La publicación de sus "Memorias", en este número de "Annales", es también la primera.<sup>1</sup>

No queremos ofender a nadie al escribir esto. Comprendemos muy bien que, en los años más próximos a la muerte de nuestros Fundadores, hubo buenas razones para no poner en todas las manos el texto completo de las "Memorias". Cuando en 1877 el P. Perdereau, entonces director de "Annales", rompiendo el silencio, atrajo la atención general sobre los escritos de Sor Gabriel, tuvo necesidad de aclarar que, hasta esa época, se había creído demasiado delicado hablar de ello. La razón que él daba es que las Memorias cuentan que "nuestra Congregación tuvo por cuna una piadosa asociación cuyos miembros se dispersaron de tal modo que permaneció en torno a nuestro Fundador tan solo un muy pequeño número, como las primeras piedras de su edificio". Continuaba diciendo: "varios de aquellos y aquellas que se enrolaron (a pesar de la pureza y rectitud de sus intenciones, a pesar de su celo incontestable y de los talentos que emplearon) fueron más bien un obstáculo que una ayuda para asentar nuestra Congregación".<sup>2</sup> No puede excluirse tampoco que se hubiera guardado silencio porque a menudo la Madre Gabriel habla de "revelaciones" de la Buena Madre, de "cosas admirables que ha hecho el Señor para realizar esta Orden",

---

<sup>1</sup> Hoy la casa general de las Hermanas ya ha publicado todos los escritos de Gabriel de la Barre en la obra "Écrits. Gabriel de la Barre, 1802-1829". Roma 2000, pgs. 262.

<sup>2</sup> Annales SS.CC., 1877, pp. 588-590.

según la expresión de la Madre d'Ormay. Pero nosotros hoy, dejando a la Iglesia el juicio definitivo sobre estos acontecimientos extraordinarios, querríamos conocer bien a nuestros venerados Fundadores, estar informados no solo sobre lo que ellos realizaron, sino también sobre lo que les animó y condujo a realizarlo. Para dar a todos la posibilidad de formarse un juicio sano y motivado sobre estas revelaciones, publicamos al final de este estudio un artículo que un teólogo competente [el P. Antonio Hulselmans, ss.cc.] ha escrito sobre esta materia (Annales, pgs. 251-262).

Todo cuanto podemos decir sobre la Madre Gabriel misma es poco, por la simple razón de que ella no habla en ningún momento de sí misma y aquellos que la conocieron no nos proporcionan mas que muy pocos detalles sobre ella.

Sor Gabriel (así es como ella escribe su nombre), nació en Potiers el 18 de agosto de 1771. Leemos sobre su familia en el diccionario "Beauchet-Filieu" (Nobleza del Poitou): "El padre de Sr. Gabriel era Gaspard-Alexis-Thibault-Joseph, Señor de la Aage y de Louboussay, llamado el Conde de la Barre, fallecido poco después de 1789 en la isla de Santo Domingo. La madre, Catherine Genevieve Levesque era también originaria de esta isla; murió el 7 de noviembre de 1812. De su matrimonio, contraído el 9 de agosto de 1770, nacieron cinco hijos: Elena, nuestra Sor Gabriel, un hermano y 3 hermanas, de las que una se desposó con Charles Raity de Villeneuve, Conde de Vitré. De la dos otras hermanas, una murió sin casarse el 28 de marzo de 1795, la otra a la edad de 18 meses en 1780. La madre y las 3 hijas supervivientes, sufrieron durante la Revolución, cuando a partir de setiembre de 1793, se encarceló en Poitiers a los parientes de los emigrados. El comité revolucionario de la villa había arrojado en prisión a Enriqueta Aymer de la Chevalerie junto con su madre, que fueron retenidas en las Hospitalarias (la prisión de sospechosos en Poitiers, en la que fueron encerradas el 22 de setiembre), porque un miembro de la familia había emigrado y ellas habían escondido a sacerdotes. El 28 de marzo de 1794, alcanzó la misma suerte la familia de la Barre, porque el hijo Gaspard-Charles-Marie había emigrado en 1891. Este, como el hermano mayor de Enriqueta Aymer, servía en el pequeño ejército de Luis de Borbón, príncipe de Condé. Conocemos este encarcelamiento por la copia de una "Lista general de todos los detenidos (Hospitalarias) del 9 de agosto de 1794". Si nuestra lectura de la lista es exacta,<sup>3</sup> la Buena Madre y la Madre Gabriel estuvieron detenidas al mismo tiempo en la misma prisión. ¿Hubo entre ellas relaciones, las dos almas se habían abierto una a la otra? No lo sabemos y ningún texto hace jamás alusión a ello. Ignoramos también la fecha exacta de la liberación de la familia de la Barre. Se puede suponer que fue en el momento en que la Sra Aymer y su hija recobraron su

---

<sup>3</sup> Como detenidos están citados: La Barre Levesque, Catherine Genevieve, viuda, de Poitiers, y 4 hijos, de la calle de l'Eperon. Antes habían escrito 3 hijos, pero después se cambió el 3 en 4. Esta corrección nos causa una ligera duda sobre el encarcelamiento de Sor Gabriel. Es porque en 1794 residían solamente tres hijos de la Barre en territorio de Francia. El hermano emigrado ¿está comprendido en la lista de 4 y solamente fue detenida la madre? Esta duda se acrecienta si se considera que la Lista en cuestión da la edad de la Señora Aymer y de su hija, mientras que para los de la Barre no da mas que la edad de la madre. Pero uno no puede fiarse al cien por cien de esta Lista en todos los detalles, a la vista de que dice que la Buena Madre tenía entonces 23 años, cuando en realidad tenía 27.



libertad, es decir hacia finales de 1794, cuando después de la ejecución de Robespierre el celo de los Comités revolucionarios debió de enfriarse y con la llegada en setiembre de Chauvira a Poitiers. En todo caso el día de Navidad de este año 1794, el P. Coudrin dijo una de las tres misas en la casa de la familia de la Barre.

En el primer volumen de su biografía del Padre Coudrin, el Sr Lestra ha escrito páginas interesantes (Capítulo X) sobre las relaciones del Buen Padre con la "Asociación del Sagrado Corazón", fundada en 1792 en Poitiers por la señorita Geoffroy (que tenía su sede en la calle d'Olérons). Refiere entre otras cosas que el Fundador conoció esta Asociación desde sus comienzos, que él mismo puede ser considerado como uno de los fundadores del Consejo directivo de sacerdotes, que él intentó, en el correr de los días, impregnar de su espíritu a la Asociación, en la convicción de que podría realizar por ella su misión de fundar una Orden religiosa. Sabemos que convertido en el confesor de la Condesa Enriqueta Aymer, después de que fuera liberada de la prisión, la hizo entrar en esta Sociedad de jóvenes piadosas, entregadas a la reparación y al apostolado y que en marzo de 1795 pidió ella ser admitida como "hermana externa". Pero en relación a las circunstancias de la entrada de Sor Gabriel, no poseemos por así decir ningún detalle. El P. Hilarión afirma que entró en 1794, y el Sr. Lestra escribe que después de Olérons.

Sor Gabriel y las tres hermanas Souc de la Garélie formaban un pequeño grupo de asociadas que prolongaban sus adoraciones, se entregaban al silencio: el Buen Padre era el alma de este grupo, que tendía a una vida religiosa propiamente dicha. Así sabemos que hacia fines de 1794, por tanto antes que Enriqueta Aymer y poco antes del desplazamiento de la sede de la Asociación a la calle Moulin-à-Vent, la Madre Gabriel era miembro de esta Asociación.; en la calle de Oléron ya se había unido al grupo de una docena de "internas", ganando muy pronto la confianza del P. Coudrin y entrando por sus caminos. La influencia del P. Coudrin sobre ella aparece igualmente en un *Plan* que ella redacta para perfeccionar la Asociación y en una carta de respuesta "*A mi hermano*": los dos documentos deben datar de este tiempo y aclaran que la señorita de la Barre aspiraba a una donación total a Dios en la vida religiosa.<sup>4</sup>

La Madre Enriqueta, aunque simple "externa" y volviendo cada día a casa de su madre, se impregnaba, bajo la dirección del P. Coudrin, del espíritu y de los deseos de vida religiosa de la pequeña elite de las "internas" de la Asociación. Así cuando en 1797 su madre escapó a una nueva ola de terror que se apoderó de Poitiers, refugiándose en el campo, ella solicitó su admisión como "interna". No se la admitió mas que como novicia, pero enseguida empezó con el permiso del P. Coudrin, a quien solo obedecía, la práctica del silencio perpetuo. Varias "internas", naturalmente una pequeña elite, la siguieron pronto por este camino. El Buen Padre se decidió por fin a emprender la obra que Dios le había

---

<sup>4</sup> Imposible saber quién es este "hermano". Su hermano de sangre ya había muerto y por esta respuesta parece que se trataría de un sacerdote. No puede tratarse del P. Isidoro David, tan amigo de Sor Gabriel a quien, en el lenguaje clandestino, la Buena Madre llamaba "Señor vuestro hermano", porque Sor Gabriel no lo conoció mas que a partir de 1800.

inspirado, la fundación de un Instituto religioso. Comprometió entonces a la Buena Madre a que se pusiera a la cabeza de las "solitarias" animadas de los mismos sentimientos que ella, de ella partió la idea de tener casa propia y encontrar también otras personas. En este cambio nuestros Fundadores están seguros de poder contar con la Hermana Gabriel y algunas otras "internas".

Para todos estos acontecimientos que rodearon este camino y esta decisión, Sor Gabriel es el testigo más cualificado en su *"Memorias"*. Nuestros Fundadores contaban mucho con ella: en todas las etapas del Instituto naciente, ella les fue la más fiel. El establecimiento de las Hermanas fue aprobado provisionalmente por los Vicarios de la diócesis de Poitiers el 17 de Junio de 1800, la autorización de hacer los votos les fue concedida por las mismas autoridades el 14 de octubre de 1800 y la Buena Madre fue entonces reconocida como Superiora general igualmente por los Vicarios el 17 de octubre de este mismo año. Sor Gabriel emitió sus primeros votos el 20 de octubre de 1800, al mismo tiempo que la Madre Enriqueta y las Hermanas Teresa Clara de la Garélie, Magdalena Chevalier y Gertrudis Godet. El 2 de febrero de 1801, hizo la profesión perpetua. A penas dos meses después, las Hermanas de la Garélie murieron. De este modo Sor Gabriel y Sor Gertrudis Godet fueron las únicas que quedaron al lado de la Buena Madre.

Cuando en Junio de 1802 el Buen Padre llamó a la Madre Enriqueta a Mende, para fundar allí un nuevo establecimiento de Hermanas, ésta nombró a Sor Gabriel Superiora de la casa de Poitiers, cargo que ejerció hasta su muerte el 16 de mayo de 1829. Del mismo modo el Buen Padre, cuando partió de Poitiers el 3 de mayo de 1802, dejó como reemplazante en la cuna de la obra al primer profeso de la rama masculina, el P. Isidoro David. Los dos, el P. Isidoro y la Madre Gabriel, eran todavía en esa época bien jóvenes (no tenían mas que 31 años) pero estaban ya maduros de espíritu. *"Tratad, mis buenos amigos, les escribe el Buen Padre, de conduciros según los verdaderos principios que conocéis tan bien como yo";* y también: *"estáis tan acostumbrados a los sacrificios que tengo toda la confianza para esperar de vuestro espíritu religioso que bendeciréis todos juntos a la divina misericordia que os consuela al afligiros. Confío que cada uno en su puesto haréis probar a vuestros hijos la dulce alegría siempre inseparable de un gobierno firme que es todo caridad"*(1 y 19.8.1802). Sí, la Madre Gabriel tenía un corazón ardiente para amar a Dios y promover sus intereses, disposiciones espirituales poco comunes a una edad tan joven. Quizás nada lo pruebe mejor que su carta que lleva por título: *"A mi hermano"*. Pero su amor no era solamente afectivo o intelectual, era amor en la vida real. A pesar de su salud siempre muy delicada, abrazó con ardor la vida austera y penitente que la Buena Madre propuso a sus primeras compañeras y su espíritu de sumisión era admirable. Su humildad nos ha llamado la atención cuando preparábamos esta introducción, porque aunque haya escrito mucho y se haya tomado el cuidado de entrar en muchos detalles, guardó el silencio más absoluto sobre ella.

Este estado de espíritu, las gracias con que fue favorecida, más aún que el hecho de que la Madre Gabriel fuera una de las primeras discípulas de nuestros Fundadores, explican claramente que hubiera ganado la confianza de los

Fundadores y que haya podido penetrar, más que muchas otras, en las profundidades de su alma. Esto vale sobretodo para la Buena Madre y las más claras pruebas las hallamos en el escrito titulado *"Anotaciones sobre la Rev. Madre Enriqueta"*. De este modo la Madre Gabriel en su obra literaria es para nosotros una de las fuentes entre las más preciosas, o por decirlo simplemente, la más preciosa para conocer la espiritualidad de nuestros Fundadores. Ella se encontraba en el hogar, mientras la mayoría de las otras veían solamente de lejos el brotar de las llamas. Nada debe extrañar que la Buena Madre hiciera de ella la primera Maestra de novicias y que le enviara, para formarlas o reformarlas, a todas las personas difíciles que no querían en otros lugares.

La Fundadora le hablaba a corazón abierto y se confiaba sin temor a la que llama en varias ocasiones *"una de las fuertes columnas"* (del Instituto), *"su sola amiga"*. Como la Madre Gabriel era de salud débil, la Buena Madre la recomendaba cuidarse, para que viviera mucho tiempo y no morir antes que ella. El Buen Padre tenía también mucha confianza con ella. Qué expresivas son las palabras que le dirige el 5 de enero de 1828 en una carta que es la última en la larga serie de las que le escribió: *"...Nosotros, pobres ancianos, somos bien diferentes de toda esta juventud que nos ha llegado después de nuestros primeros sacrificios! Me sentiría muy compensado, os lo confieso, mi muy querida hija, si pudiera, como en el pasado, encontrarme con personas que vivan como nosotros vivíamos, y que mueran como nosotros moríamos!!!"*.

Así se comprende que la noticia de la muerte de la Madre Gabriel fuera un golpe muy sensible para nuestros Fundadores. *"La muerte de esta buena Hermana, dice el P. Hilarión, hundió a la Fundadora en un dolor profundo... y a pesar de su espíritu de sacrificio, su corazón lo sufrió mucho... la pesadumbre cubría su rostro, aunque se hacía violencia, y se mantuvo siempre la persuasión de que esta pérdida aceleró el golpe con que fue abatida algunos meses después, cuando quedó paralítica"*. El P. Coudrin estaba entonces en Roma y el 30 de junio de 1829, escribía entre otras a la casa de Poitiers: *"Esperemos, mis queridos hijos, que la santa vida de la tan pura Sor Gabriel le habrá reservado un lugar de virgen cerca del Cordero. Para mí, que la he conocido tan joven, y que la he visto siempre inocente, no tengo la más leve duda de que sea nuestra abogada ante el Buen Dios"*.

Qué estimada fue también y amada por las Hermanas de las que había sido Superiora, nos lo revela una carta de Sor Teresa Sardois (+ Mende 1853), escrita el 1 de mayo (1830)<sup>5</sup> y probablemente dirigida a la Señora de Gerry. No queremos dejar de citar algunos de sus pasajes más expresivos: *"Dios, que la destinó a trabajar junto con la Buena Madre en la fundación de nuestra Orden, le había dado el mismo espíritu y el mismo corazón. Si la naturaleza la había privado de fuerzas físicas, lo había suplido totalmente dándole ese coraje y ese celo que las fuerzas no pueden jamás remplazar... llevando la carga (de Superiora) por obediencia, ella cumplía todos los deberes que le imponía con la*

---

<sup>5</sup> Esta carta ha sido publicada en su integridad en *"Cuadernos Sagrados Corazones 2"*, PIONEROS, en las pgs. 27-29.

solicitud y la ternura de una madre". \*Pura, tanto como uno puede serlo en esta tierra, se notaba en todas sus palabras y acciones cuánto quería esta virtud. No conociendo las desviaciones mas que por las confesiones que encontraban tanto consuelo quienes se las hacían, la he escuchado decir a menudo que no creía en el mal mas que después de que se veía obligada a reformarlo". \*También encontraban en sus consejos tanta fuerza y persuasión, que apenas se podía resistir a ponerlos en práctica. Hace poco tiempo, personas que sabían apreciar su mérito me decían que era difícil no amar la virtud cuando se había hablado con la Señora de la Barre". \*Los intereses de la Congregación eran los únicos que tenía en su corazón; aprovechaba todas las ocasiones que la Providencia le ofrecía para probarle su vigilancia en cuidar de ella". \*Estaba tan resignada a la voluntad de Dios que los acontecimientos que la afectaban más el corazón y que sentía vivamente jamás le hacían decir otra cosa que estas palabras: 'Que se cumpla la santa voluntad de Dios... no la santa voluntad de Dios sea aquí en la tierra nuestro todo". \*Animada por el amor de Dios en todas sus acciones, nos decía a menudo que encontraba el remedio de todas sus penas en la Santa Comunión. También nos decía que su privación le sería más penosa que la de la propia vida". \*Despegada de todas las consolaciones sensibles, nos mostraba, en sus últimos momentos el sacrificio generoso que había hecho de ellas, no haciéndolas ningún caso y rehusando hasta los testimonios de afecto, aún los de su tierna familia, a la que rehusó su último adiós". \*Fue en ese momento (administración de los últimos sacramentos) cuando nos mostró cómo una religiosa es feliz de morir si ha cumplido bien los deberes de su estado. Nos dio entonces estos consejos: 'Tened una gran sumisión a la voluntad de Dios, una confianza total en la Buena Madre y una gran caridad las unas con las otras'..."

La Madre Gabriel poseía grandes cualidades de corazón y de espíritu que hacían la práctica de la virtud tan fácil y la vida tan dulce, añade aún Sor Teresa; tenía hermosas cualidades de inteligencia, añadiremos nosotros, como lo prueba cada página de sus escritos. *"El estilo es sencillo, pero conveniente – dice el P. Perdereau – la ortografía se resiente de la educación de la época"*.

Entre los **escritos** de la Madre de la Barre, los más importantes son el de sus "*Memorias*" sobre la Congregación y sus "*Biografías*" de la Buena Madre.<sup>5</sup>

1. Cuando se habla de las "*Memorias*" hay que distinguir dos escritos diferentes que designaremos con el nombre de primera y segunda parte.

a) La *Primera parte*, que publicamos en este número, nos habla sobre los comienzos de la Congregación hasta la marcha de los Fundadores a Mende, por tanto hasta 1802. Por una copia de 1812 conocemos más exactamente las circunstancias y el tiempo de la composición de este escrito, porque la Madre Azelle d'Ormay, entonces Superiora de Sééz donde sucedió a la Madre Ludovine de la Marsonnière (+ 1810) escribió un prefacio para la copia mencionada que ella hizo; declara en ella que *"las piezas originales... fueron compuestas por la Hermana de la Barre para la Hermana Ludovine de la Marsonnière, cuando salió*

---

<sup>5</sup> Ver "Annales" 1957, p. 463 y 468

*de Poitiers y fue nombrada para Mende*". Esta Madre Ludovina, por sobrenombre "*la criada de las criadas*", amaba, como la Madre Gabriel, a la Buena Madre, con una profunda afectividad y la había tomado como modelo; no creía que obraba bien más que cuando lo hacía conforme a sus órdenes. Ahora bien, si la lista de los Superiores y de las Superiores de las casas, compuestas por el P. Hilarión son exactas, la Madre Ludovine dejó Poitiers en 1803 para ser Superiora de Cahors y no de Mende, donde lo fue a partir de 1806. Y como la Madre d'Ormay escribe también que en 1809, fecha en la que se quedó con la posesión del original de las "Memorias", estas estaban ya compuestas al menos hacía ya cinco años, debemos concluir que se equivocó sobre el lugar de la composición: en consecuencia la primera parte de las Memorias de Sor Gabriel debió estar compuesta en 1803, cuando la Madre Ludovina dejó Poitiers por Cahors.

b) La *Segunda parte*, cuatro cuadernos titulados "*Notas sobre la Congregación*", describe minuciosamente el desarrollo del Instituto desde el año 1802 hasta el primer día del año 1824; lo terminó el 4 de febrero 1824. En relación con esta segunda parte de las "Memorias" hay una carta muy interesante del Buen Padre, dirigida al P. Isidoro David, el 15 enero 1803, en la que leemos: "*... que (si) la buena Sor Gabrielle (sic)... pudiera emprender la historia de la vida de la Petite Paix [la Buena Madre], así como la continuación del 3º cuaderno del que tenemos un ejemplar [en Mende], haría una obra que me agradaría mucho. Si yo pudiera enviarle algunas memorias, lo haría, pero no puedo...*". Como se ve por estas palabras, Sor Gabriel estaba, por así decirlo, encargada por el Buen Padre de redactar las Memorias de la Congregación y en particular de la Buena Madre; además la Hermana enviaba sus escritos al P. Coudrin que los aprobaba.

Lo que llamamos "*Biografías*", son también dos escritos diferentes, que se refieren casi exclusivamente a la Buena Madre.

La primera "fue compuesta en 1801 y en los primeros días de 1802". Así escribe el P. Hilarión en una observación añadida a una copia que ha hecho él mismo, y debemos creerle, porque tenía el original en las manos y podía indicar con precisión el día en que el Buen Padre la recibió. Esta obra que el Padre llama "Anotación sobre la Rev. Madre Enriqueta", revela, mucho más que otras, las relaciones íntimas y confidenciales que existían entre la Madre Enriqueta y la Madre Gabriel; además describe la vida interior, dotada de gracias extraordinarias de la Fundadora, más que el marco exterior y visible.

b) Hay por fin una segunda historia más ex profeso de la "Petite Paix", dos cuadernos que el Buen Padre, por la carta mencionada antes al P. Isidoro, había manifestado el deseo de ver escrita. Esta misma carta nos permite también fijar el tiempo de composición de esta biografía llamada por la misma Sor Gabriel "La Buena Madre" y que reproduce la vida y el retrato de la Madre Enriqueta hasta su marcha de Poitiers (1802) y tiene rasgos del año 1803.

Además de estas Memorias y Biografías, existe o existen otras obras de la Madre Gabriel *que se refieren a la vida espiritual*. En sus "Memorias sobre la

Congregación" y en sus "Annales de la Congregación de los Sagrados Corazones de la estricta observancia", que el Instituto de Damas Celadoras de la Santa Eucaristía de Bruselas nos ha legado hace algunos años, el P. Hilarión habla de ellas explícitamente y cita extractos. Sentimos no haber podido descubrir hasta hoy estos escritos de la Madre Gabriel. Sin duda arrojarían alguna luz sobre nuestra espiritualidad. En el P. Hilarión leemos: *"Además de las Memorias sobre la Congregación, que se extienden hasta el mes de marzo de 1802, y una colección de cuanto había escuchado de boca de la Madre Enriqueta, la Hermana Gabriel de la Barre había compuesto, a partir de 1795 hasta 1800, algunos opúsculos de piedad. Tengo tres entre las manos. Uno tiene por objeto los deberes de un alma consagrada al Corazón de Jesús en la vida religiosa, el segundo es una continuación de reflexiones sobre los sufrimientos, el tercero contiene para cada día de la semana, meditaciones sobre diversas circunstancias de la Pasión del Salvador. Añade algunas cortas reflexiones sobre las ventajas de la vida oculta de un alma en el retiro. Siento que su amplitud no me permita darlos en su totalidad. Me contentaré con extraer algunos pasajes de sus reflexiones sobre la vida religiosa"*.

El P. Hilarión tuvo a su disposición estos opúsculos de piedad, las "Memorias sobre la Congregación" (1ª parte 1802), los escritos titulados "Remarques" y "La Bonne Mère"; también este escrito, porque en referencia a él, la Hermana Josefina de Mans escribió al P. Martín Calmet, el 18 de enero de 1866: *"Estoy feliz de poder daros la certeza de que, con una amplia autorización del Padre Hilarión de fecha de 18 de enero de 1866, hice transcribir en 1833 los dos manuscritos que él tuvo a bien prestarme"*. A pesar de todo el P. Hilarión se queja ante el P. Isidoro de que no ha consentido confiarle aún otros escritos de la Madre Gabriel sobre la Buena Madre, y termina su carta del 29 de marzo de 1835 diciendo: *"Os añadiría que la Madre de la Barre ha dicho muchas veces que a pesar del dolor que sentiría de ver morir a la Buena Madre, querría sin embargo sobrevivirla algún tiempo, para poder publicar muchas cosas que no podía manifestar durante su vida; ya veis, querido Isidoro, que su intención era que la totalidad no permaneciera oculta"*.

¿Cuáles eran los escritos que intentó obtener? Quizás fueron las *Memorias, 2ª parte*, de las que nada menciona en ningún lugar. En todo caso, este detalle y muchos otros, nos manifiestan que la obra de la Madre Gabriel ha sido, desde el principio, muy estimada. Después de la muerte de nuestros venerados Fundadores, pasaron de mano en mano copias de estos "inapreciables tesoros", llegando hasta las misiones: en verdad el P. Saturnino Fournier en 1841, estando en las islas Marquesas con el P. Caret, anotó en su famoso diario con fecha del 25 noviembre: *"Estoy leyendo con un vivo interés algunas notas de la Madre Gabriel de la Barre sobre el establecimiento de la Congregación"*. De modo que, sin el conocimiento de los escritos de la Madre Gabriel de la Barre, apenas podemos hacernos una idea exacta y completa sobre la vida, la espiritualidad y la obra de nuestros Fundadores.

**Nota.-** Reproducimos el texto del original conservado en los Archivos de la Casa Principal. Estas "Memorias" están consignadas en dos cuadernos de 24 x 20

cms., cada página contiene entre 24 a 27 líneas de unos 16 cms. El primer cuaderno consta de 36 pgs. y da el texto de la primera parte de las "Memorias", mientras que el segundo cuaderno contiene en sus 44 pgs. la segunda parte de estas "Memorias".

\* \* \* \* \*

# MEMORIAS

Annales1962, p.171-241

## Primer cuaderno

[1] Pocas personas conocen los medios de que la divina Providencia se ha servido en el comienzo y en el desarrollo de la Orden de los Celadores del Amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María; han estado ocultos bajo el velo de la humildad de los fundadores de la Orden. Una gran parte de las maravillas que Dios ha obrado en ellos y por ellos, quizás no sea jamás descubierta. Intento escribir lo poco que sé de ello, y de lo que he sido testigo ocular, pero nada puedo decir sobre los acontecimientos sin hablar mucho de las personas a las que se refieren. Escribiré lo que sé, lo que he visto, sin adornos, como mi memoria me lo ofrezca, y aunque trataré de olvidar lo menos posible, estoy bien segura que me quedaré por debajo de la verdad.

El Reverendo Padre José María y la Reverenda Madre Enriqueta han estado presentes desde toda la eternidad en los decretos del Omnipotente destinados a fundar nuestra Orden. Para esto han sido dotados de todas las cualidades necesarias para esta gran obra.

[2] Nuestro Reverendo Padre, nacido en una familia donde era hereditaria la virtud, mostró desde su infancia, por su aspecto natural tan feliz, por la viveza de su espíritu, lo que podría ser un día. En el seno de su familia, durante su primera juventud, aprendió la virtud que le proporcionaba el ejemplo de cada uno de sus parientes. No dejó de tener menos éxito en el estudio de las ciencias necesarias para el sacerdocio al cual se destinaba. Enseñado por santos, protegido por la Santa Virgen a la que tuvo siempre una devoción particular, enriquecido de las gracias del cielo a las que tan bien respondió, se encontraba dispuesto para el sacerdocio en la época desgraciada de la revolución francesa. El despojo de los bienes del clero, la persecución que comenzaba a sentirse, no fueron capaces de frenar una vocación cuyo principio era el amor de Dios. Recibió el sacerdocio en París<sup>1</sup>, y al mismo tiempo un desarrollo del celo por la gloria de Dios. Volvió a casa de su familia y mostró desde los comienzos ese celo ardiente, esa devoción tierna, que siempre han continuado siendo el alma de su vida. Pronto el fuego de la persecución le obligó a ocultarse y a vivir en una soledad profunda en un lugar penoso y estrecho, falto de aire, de espacio y de las cosas más necesarias. Pudo ejercitar a placer su gusto por la mortificación y su atractivo por la oración en la que empleaba todo su tiempo. Es allí donde tuvo conocimiento de un establecimiento al que Dios le destinaba con muchos otros. Hasta vio la casa en que este establecimiento debía formarse (es la que nosotras habitamos en este

---

<sup>1</sup> El 4 de marzo, de manos de Mons. de Bonald, obispo de Clermont, Registro de Ordenaciones de la diócesis de París, 1791-1792, p. 69.



momento)<sup>2</sup>. La impresión de esta visión, permaneció siempre en él, aunque haya olvidado los detalles, y el tiempo ha demostrado su verdadera realidad.

[3] El deseo de trabajar en la salvación de las almas no permitió a Nuestro Reverendo Padre guardar durante mucho tiempo su retiro. Salió de él momento más fuerte de la persecución y vino a Poitiers<sup>3</sup>. Es allí, donde abandonando las dulzuras de la contemplación por los penosos trabajos del ministerio, consagró las noches y los días a administrar los sacramentos en la ciudad, en los arrabales y en las campiñas vecinas. Los patíbulos, las prisiones, las casas donde abundaban los denunciadores, no pudieron detener su celo. Muchos milagros le favorecían, pero no tenía necesidad de ellos, en el sentido de que su fe viva y confiada le era suficiente. Pasaba así su vida trabajosa, conocido de Dios y de las pocas almas que saben apreciar la verdadera santidad, cuando en la época del mes de noviembre del año 1874, Nuestra Reverenda Madre se dirigió a él para que condujera su vida por el camino de la salvación, en el que una nueva conversión acababa de hacerla entrar. Me voy a extender en esta época, en la que Dios hizo que se conocieran, una a otra, estas dos bellas almas, porque la considero como aquella en que se puede fijar el comienzo de las grandes cosas que Dios ha hecho para el establecimiento de la Orden de la que intento trazar en parte su historia.

[4] Nuestra Reverenda Madre tenía entonces unos 24 años<sup>4</sup>. Había recibido una educación cristiana, pero su juventud se había pasado en el mundo. Una delicada figura, talentos agradables, una alegría y un constante humor, junto a un ingenio natural poco común, la habían hecho brillar en él. Estos son los primeros años que ella llama con amargura de su corazón *sus extravíos*, que después ha castigado con una austeridad de vida sin parangón desde los bellos tiempos de la Tebaida. Al comienzo de la revolución vivía sola con su madre. Su padre había muerto, hacía ya mucho tiempo<sup>5</sup>, y sus dos hermanos emigraron. Un sacerdote católico sin medios económicos, había encontrado en su humildad y en su coraje, un asilo contra la persecución de la Iglesia. Fueron denunciadas, y apresaron al sacerdote encontrado en su casa<sup>6</sup>. Se las llevó a la prisión. Durante todo el tiempo de la detención, nuestra Reverenda Madre se distinguió por la ternura de sus cuidados para con su madre, por la delicadeza en el comportamiento y el coraje que la hacía llevar sola las penas de esta situación para evitárselas a ella. En esta época, es decir, en el mes de agosto del año 1794, dos sacerdotes católicos encontraron, con peligro de su vida, el medio de entrar en la prisión donde estaba detenida, para llevarles los socorros de los sacramentos. Ella favoreció la tentativa, a la que contribuyó y la aprovechó para hacer una

---

<sup>2</sup> El Buen Padre tuvo esta visión el mes de setiembre 1792, en un granero del castillo de la Motte d' Usseau.

<sup>3</sup> Entró el 22 de abril de 1794.

<sup>4</sup> La Buena Madre nació el 11 de agosto 1767. Tenía por tanto 27 años.

<sup>5</sup> Louis-René de la Chevalerie, muerto el 10 de julio 1778, a la edad de 55 años en su residencia de la Chevalerie en Saint-Georges-de-Noisné.

<sup>6</sup> Esta visita domiciliaria tuvo lugar el martes 22 de octubre. El sacerdote apresado era el abbé Juan Garrault, vicario de Saint-Georges-de-Noisné. Ver: J. Tromentin, *Jean Garrault, confesseur de la foi sur les pontons de Rochefort, Tours, 1930, p. 5 ss.*

confesión de toda su vida.<sup>7</sup> Comulgó, y esta confesión y comunión, fueron para ella como el golpe del rayo que tiró por tierra a San Pablo en el camino de Damasco. Tenía el alma recta, una franqueza a toda prueba, inaccesible al respeto humano, una firmeza y un coraje contra los que los acontecimientos se rompían como las olas contra las rocas. La gracia trabajaba sobre este rico fondo, no la recibió en vano. De este modo su conversión fue entonces sin retorno. Poco después se abrieron las prisiones. Se fue a su casa con su madre. Su primera reacción fue romper sin miramientos con todo el mundo, sociedad, parientes, amigos; no se reservó nada. El sacerdote que la había confesado en la prisión, se ausentó; se cuidó bien de escoger otro para ello. Le indicaron varios, entre los que estaba nuestro Reverendo Padre. Pero la advirtieron de que era un hombre severo y de una rígida austeridad. Lo que hacían para apartarla, la decidió en su favor y comenzó a dirigirse con él el mes de noviembre del mismo año 1794.

[5] Nuestro Reverendo Padre vivía desde hacia varios meses en casa de unas jóvenes piadosas que se habían reunido para servir a Dios y que tenían una devoción particular al Sagrado Corazón de Jesús. Como él no había olvidado la visión de que he hablado antes, y creyó que esta reunión podría ser el principio de un establecimiento (religioso), se unió con algunos otros sacerdotes para asociar, a aquellas que había, a varias jóvenes y mujeres piadosas. Se formó así una sociedad que pronto fue bastante numerosa. Se reunían todos los meses para asistir a los sermones, etc, etc. Todos los días se hacían ciertas oraciones para pedir a Dios el retorno de la paz y de la religión en Francia. La Sociedad se escogió una Superiora. El número de sacerdotes que gobernaba esta sociedad creció también, ellos se nombraron un decano. Se estableció allí la adoración perpetua del Santísimo Sacramento. No había compromiso alguno particular, cada uno permanecía en su casa, vivía según su estado. Era, propiamente hablando, una confraternidad cuyos miembros independientes, no reconociendo Superiores mas que para la forma y el buen orden de los momentos de la reunión, no podían constituir un cuerpo religioso. Por otro lado al haber varios sacerdotes gobernando con la misma autoridad, era difícil que allí hubiera, aunque fuesen santos, un acuerdo necesario. De esta masa informe, pero respetable, de la que he querido dar aquí una ligera idea, es de la que nuestra Reverenda Madre supo separarse para formar la Orden de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, para la que Dios la había hecho saber que la destinaba. Tuvo tanto mayor pena en llegar a ello, por cuanto algunos miembros de esta asociación, particularmente aquellas [jóvenes] que vivían juntas en la casa de reunión, querían formar una casa regular y religiosa, pero su proyecto y sobretodo los medios de que se servían, eran opuestos a los que Dios inspiraba a nuestra Reverenda Madre.

[6] Desde su salida de la prisión, había repartido su vida entre los cuidados que prestaba a su madre y la asiduidad a la oración. Se la había permitido la comunión frecuente y hasta cotidiana. A fuerza de penas y de trabajos y

---

<sup>7</sup> Con el abbé Soyer, el futuro obispo de Luçon. Ver: *Vie de Mgr Soyer, évêque de Luçon...* par l'abbé du Tressay, 2<sup>a</sup>. Paris, s.a. p. 30.

sobrellevando muchas amarguras, encontró el medio de asistir a la Santa Misa habitualmente, a pesar de la persecución.

[7] Con muchas horas diarias al pie de los altares, recibió de Dios esas gracias infusas que pronto la hicieron llegar a una oración muy elevada. Nuestro Señor Jesucristo quiso ser su único Maestro en esta ciencia. Permitió que sintiera una dificultad extrema para abrir su interior a persona alguna, hasta a su confesor. No leía nada, no tenía comunicación particular con otra persona cualquiera, por piadosa que fuese. Se confesaba raramente, una acusación simple y corta de sus faltas, le era suficiente. Pasó varios meses en estos primeros tiempos ocupándose tan solo en el dolor de sus pecados. Un solo pensamiento (por ejemplo, el de la conversión de la Magdalena) le bastaba durante jornadas, durante meses enteros, para ocuparla en la oración. Inmóvil, no veía ni oía nada de cuanto sucedía a su alrededor, y durante toda la jornada no perdía ni cinco minutos la presencia de Dios. Sin embargo no vivía sin inquietud acerca de su oración, al no poder decidirse a aclararse sobre ella, y temiendo así engañarse. Las predicaciones de nuestro Reverendo Padre la sosegaban. Asistía a ellas asiduamente, en las que reconocía sus oraciones. No me engaño, se decía, ya que predica como yo rezo. Efectivamente, nuestro Reverendo Padre predicaba con aquella conmovedora y ardiente sencillez que expresaba, a pesar de él mismo, los sentimientos con que ardía su corazón para Dios, y nuestra Reverenda Madre en ellos reconocía los suyos. Por otra parte tenía ella una tan gran sencillez sobre todo esto, que creyó durante varios años que todos cuantos hacían oración, la hacían como ella. Hace poco tan solo que se ha desengañado.

[8] Así estaba nuestra Reverenda Madre, cuando en el mes de febrero o de marzo de 1795 se la propuso para ser admitida en la Asociación de la que he hablado más arriba y a la que se conocía bajo el nombre de Sociedad del Sagrado Corazón de Jesucristo<sup>8</sup>. Su conversión apenas se había hecho notar. Aún no creían en ella. Primero fue rechazada y al fin admitida. No puedo por menos de lamentar, recordando esa época, que en lugar de decidirse por su admisión en aquella Sociedad, no hubiera comenzado por echar los primeros fundamentos de nuestra Orden. Eso habría evitado todos los obstáculos que ha sido necesario superar posteriormente, pero Dios no lo permitió así. Sin embargo la Asociación en que ingresaba no podía llenar sus planes y los designios de Dios. Una vez allí, siguió siempre su mismo plan de conducta, no viendo a nadie, no hablando con nadie, no mezclándose en nada. Acudía con exactitud a las reuniones, pero era para permanecer allí a los pies del Santísimo Sacramento. La adoración perpetua favorecía su atracción, y desde entonces ella fue su sostén. No se preocupaban por dejarla varias horas en la iglesia; ya sabían que a ella no le parecía largo el tiempo. Cada día, mañana y tarde, iba a esta iglesia que se había convertido en su morada habitual. Tuvo mucho que sufrir por ello, a veces porque la persecución se volvía a encender de nuevo de tiempo en tiempo, y no se la veía con gusto siempre allí, porque se tenía miedo.

---

<sup>8</sup> Desde el 15 de febrero 1795, la Asociación se había establecido en una casa de la calle Moulin-à-Vent. Su anterior primera sede fue la de la calle d'Olerons, donde Pedro Coudrin se refugió al entrar en Poitiers

[9] Mientras que Dios formaba así en el silencio de la oración, y a solas con él, el alma que destinaba para el cumplimiento de su obra, nuestro Reverendo Padre no perdía de vista el deseo de formar para el estado religioso a las señoritas con quien vivía. Ellas tenían este deseo, seguían una regla, pero no tomaban los medios. La Superiora, que lo era al mismo tiempo de toda la Sociedad, con sus puntos de vista en los que se mantenía, tenía poca confianza en nuestro Reverendo Padre. Quería el parecer de todos los sacerdotes de la Sociedad, cada uno tenía el suyo. El régimen de la casa cambiaba según las circunstancias o la opinión que prevalecía en el consejo de los sacerdotes. Los que temían que el celo de nuestro Reverendo Padre no le llevara a emprender demasiados [proyectos], no le concedían influencia alguna. De este modo nada avanzaba, y no se era religioso mas que en esperanza y en ideas. Nuestra Reverenda Madre se daba buena cuenta de todo esto, sufría, oraba, pero no se atrevía a ponerse al frente. Así se pasaron dos años, y solo en la primavera del año 1797 hizo por fin sobre sí misma el violento esfuerzo que comenzó a mostrarnos la aurora de nuestra existencia religiosa<sup>9</sup>.

[10] En una conversación que tuvo en esa época con nuestro Reverendo Padre, ella le expuso un poco la pena que tenía al ver a la Sociedad del Sagrado Corazón hacer tan pocos progresos. Él aprovechó esta confianza, fatigado de su poco éxito para encaminar la obra de Dios con las personas con quien trabajaba. La dijo que era necesario que se pusiera a la cabeza de la Sociedad, que había que tener una casa, el personal y formar por fin una sociedad religiosa. Todas las dificultades que necesariamente habría que vencer para ello, no atemorizaron a nuestra Reverenda Madre. Había llegado el momento en que Dios quería que ella se manifestase. Sin embargo estaba bajo la dependencia de su madre, no tenía ni casa ni dinero, y las personas de buena voluntad, y tal como se necesitaban, aún eran más difíciles de encontrar. Confió sus proyectos a tres Hermanas que permanecían en la casa de reunión de la Sociedad del Sagrado Corazón, y encontró en ellas disposiciones favorables que jamás se han desmentido, para cooperar en la empresa según sus medios. Se formó por tanto entre este pequeño número de personas entregadas a la obra de Dios, una unión que ha sido la base de nuestro establecimiento, pero era totalmente interior, y al exterior se atenían al régimen establecido en la casa. Nuestra Reverenda Madre empleó en ello las mayores delicadezas, no quería derribar la primera Sociedad, sino conformarla con los designios de Dios.

[11] Era esencial encontrar pronto una casa conveniente. Los primeros tanteos que se hicieron para ello, no tuvieron éxito. Había una en venta enfrente de la que habitaba nuestra Madre, que ofrecía todas las comodidades que se podían desear por el momento, en un barrio alejado y tranquilo<sup>10</sup>. Su situación era totalmente útil y agradable, pero el dueño<sup>11</sup> pedía por ella 30.000 francos, de los que dos tercios serían al contado, y nuestra Reverenda Madre no tenía ni el

---

<sup>9</sup> La sede de la Asociación (desde el mes de marzo de 1797) estaba entonces situada en la plaza llamada "le plan de Saint-Pierre", por estar frente a la catedral, dedicada a San Pedro.

<sup>10</sup> La Grand' Maison, calle de Hautes Treilles 221, hoy calle Théophraste Renaudot, 36.

<sup>11</sup> Viuda de Chabriel de Morière y sus hijos, el padre último alcalde de Poitiers antes de la revolución.

primer luis de esta suma. Se dirigió a una señorita piadosa, ligada a la Sociedad, y que era rica<sup>12</sup>. Se tenían fundadas esperanzas por diferentes razones para creer que estaría dispuesta a realizar su compra para dejárnosla en uso. Pero de repente su buena voluntad cambió; se imaginó que aún en conciencia el arreglo de sus negocios, dificultados por las desgracias de la revolución, no le permitiría hacer semejante adquisición. Este primer contratiempo no pudo descorazonar a quien tenía puestas todas las esperanzas en los socorros del cielo. Se ocupó, pues, sin esperar más, en remediarlo buscando dinero a préstamo. La misma señorita prometió 4.000 francos, pero faltaba mucho para que fuera suficiente

[12] Ante esta dificultad nuestra Reverenda Madre que buscaba sus recursos a los pies del Santísimo Sacramento, fue allí iluminada por una luz divina que le hizo conocer claramente que la compra de la casa era absolutamente necesaria. Le vino al espíritu un medio para conseguirlo; lo tomó sin dudar. Este medio sin embargo la despojaba de todo cuanto poseía. Se trataba de vender el lote de tierras de que disponía del patrimonio de su padre<sup>13</sup> y que era suficiente para proporcionar la suma de la que tenía necesidad. Dios permitió que nuestro Reverendo Padre a quien propuso esta solución, no se opusiera a ella. Fue por esto a encontrarse con la señorita con quien se había contado primero y le propuso la compra de todos sus bienes. Con esto se renovaron las dificultades. Esta señorita realiza consultas, teme hacer una mala adquisición que no vendría a arreglar sus negocios. Su conciencia, falsamente turbada, la alarma con vanos razonamientos que nuestra Reverenda Madre se esforzaba inútilmente en destruir. Por fin, el día de la fiesta del Sagrado Corazón, día siguiente de la octava del Santísimo Sacramento, ella se decide a ir a los pies del altar a hacer sus últimas reflexiones. Dios bendijo la buena fe con la que obraba. Iluminó su espíritu. Consintió por fin en comprar los bienes que la ofrecían. El contrato se hizo en debida forma, pero secretamente. Todas las partes tenían necesidad de esta precaución a causa de los peligros permanentes en que la revolución colocaba a las personas y las fortunas.

[13] Acabado este primer asunto, nuestra Reverenda Madre no perdió un momento en comprar la casa. Nuestro Reverendo Padre fue a visitarla, y en cuanto la vio exclamó de repente que era exactamente la que había visto en su refugio (es decir, cuando tuvo la revelación de que he hablado). Hubiera deseado que se establecieran inmediatamente en esta nueva morada, pero el propietario al venderla se había reservado el derecho de permanecer aún en ella algunas semanas.

[14] Mientras sucedía todo esto, la Superiora de la Sociedad del Sagrado Corazón se disponía a admitir a nuestra Reverenda Madre en el número de las asociadas que, sin habitar todas la casa de reunión, seguían una regla y formaban una unión particular con simples resoluciones. Fue presentada, pero no se quiso aceptarla mas que como novicia. Obró en esta circunstancia con su buena fe ordinaria, sintiendo mucho que los designios de la Superiora no fueran en modo

---

<sup>12</sup> Srta. Irene de Viart, la futura Sor Francisca y 2ª Superiora general

<sup>13</sup> Dos fincas en aparcería, Pilmil y Foulivou, en la parroquia de Saint Georges-de-Noisné.

alguno los suyos. Dijo en pleno capítulo que no contraía el compromiso de obedecerla, pues tan solo lo haría con nuestro Reverendo Padre. Esta atrevida declaración no dañó para nada su admisión y continuó siguiendo paso a paso las luces que Dios le daba para continuar su empresa bajo la dirección de nuestro Reverendo Padre, sin cuya aprobación no emprendía nada. La permitió comenzar la práctica del silencio permanente. Entonces ella abandonó el cuidado de todo a la Providencia y parecía no existir más que para estar callada. Este ensayo no pudo sin embargo durar en todo su rigor más que algunas semanas. Cuatro o cinco asociadas animadas por su ejemplo desearon seguirla. La Superiora lo consintió. Se formó así un pequeño cuerpo separado en parte del resto de la casa, y nuestra Reverenda Madre fue nombrada superiora de él. Se las llamaba las *solitarias*.

[15] Sin embargo la Superiora general de la Sociedad se había reservado sus derechos; el consejo de sacerdotes no había abandonado los suyos. Nuestro Reverendo Padre y nuestra Reverenda Madre se veían continuamente entorpecidos en todo cuanto querían emprender para hacer de estas solitarias un cuerpo religioso, porque querían evitar una escisión y mantenían siempre el deseo de no faltar ni a la deferencia ni a la atención hacia los jefes de la Sociedad del Sagrado Corazón. Cuando se quería reglamentar alguna cosa, se debía reunir un capítulo en el que cada uno tenía su parecer. Necesariamente nadie se entendía, por lo que el bien no podía realizarse más que lentamente y a medias. En medio de estas tristes perplejidades, nuestro Reverendo Padre hizo tomar a nuestra Reverenda Madre y a sus solitarias la lana y el hábito religioso que se podía llevar bajo los vestidos seculares, y que estaban en uso por la regla que entonces se seguía. Les hizo también pronunciar resoluciones de pobreza, castidad y obediencia y de practicar lo más perfecto, lo que estaba también prescrito por la misma regla. Se renovaban todos los años. Esta ceremonia se realizó el día de San Luis, 25 de agosto. En esta época Nuestra Reverenda Madre, más libre por una ausencia que había hecho su madre, vivía habitualmente en la casa y en ella trabajaba sin descanso para conducir poco a poco a todas sus compañeras al verdadero espíritu religioso.

[16] La persecución que desde hacía varios años turbaba a la Iglesia, se había reducido por algún tiempo. Se respiraba un poco y nuestro Reverendo Padre aprovechó esta calma para entregarse aún más a los trabajos del ministerio. La casa de la Sociedad del Sagrado Corazón estaba abierta a todos los que querían servirse de los socorros espirituales que él distribuía allí. No se desconocían los principios religiosos que reunían a varias personas en esta casa y, por un milagro que Dios mantiene aún con nosotras, las autoridades que gobernaban jamás habían intentado dispersarnos. Sin embargo había que tomar muchas precauciones. Nuestra Reverenda Madre tuvo revelación de la nueva persecución que preparaba la revolución y que se llama del 18 de fructidor y de todos los peligros a que estaríamos expuestas. Esta revelación pronto se hizo realidad. Se hizo urgente cambiar de casa e ir a habitar a la que había comprado. Éramos poco conocidas en el barrio en que estaba situada y en ella teníamos más facilidad para sustraernos a la persecución. Por tanto propuso a nuestro Reverendo Padre trasladar el Santo Sacramento a esta nueva morada, se ofreció

a acompañarle con sus solitarias y mantener allí solas la adoración perpetua. Consintió en ello, y este traslado se hizo en los primeros días de septiembre.

[17] Cinco personas componían entonces el pequeño rebaño de nuestra Reverenda Madre, pero lo que prometió se cumplió: la adoración no fue interrumpida ni de día ni de noche. Ella se encargaba casi sola de todos los penosos trabajos de la casa. Transportar piedras para construir un escondite que pudiera sustraer a nuestro Reverendo Padre de la búsqueda de los perseguidores, hacer la cocina, transportar el agua, procurarse cosas de primera necesidad para una casa en la que nos habíamos visto forzadas a residir tan precipitadamente. De modo que apenas se encontraba allí paja para dormir y un banco en que sentarse, todas estas cosas no fueron mas que ocupaciones que alimentaban su celo sin desanimarla. Tenía sin embargo penas más sensibles que soportar.

[18] La Superiora de la Sociedad del Sagrado Corazón veía con pesar formarse en el mismo seno de esta Sociedad un pequeño grupo particular que no gobernaba. Habría querido mucho servirse de nuestra Reverenda Madre para la ejecución de sus planes, pero no soportaba tranquilamente que tuviera proyectos que no eran los suyos. No obstante no obraba abiertamente; su carácter la conducía a una condescendencia exterior que no la prohibía emplear en secreto los medios que le parecían propios para hacer prevalecer su manera de ver. Por esto, con muy buenas intenciones, era un obstáculo permanente a todo lo que nuestra Reverenda Madre emprendía. Si ella se hubiera pronunciado como no queriendo estar conforme con ello y deseando seguir su plan por su lado, no habría impedido durante años enteros el establecimiento de nuestra Orden. Por otro lado hay que recordar que nuestra Reverenda Madre se había declarado suficientemente, al decirle en presencia de sus compañeras que no aceptaba en modo alguno el compromiso de obedecerla. Dios permitió, por eso, que esta persona piadosa y estimable, pero que creía poder servirse de medios retorcidos para llegar a buenos fines, fuese en gran número de circunstancias la causa de las dificultades que hubo que vencer para dar a nuestro establecimiento una consistencia real.

[19] Comenzó por encontrar mal que nos hubiéramos establecido un número tan pequeño en la nueva casa, y que una parte de la comunidad permaneciese en la antigua. Las circunstancias lo habían forzado. Todos se reunieron al cabo de algunas semanas, pero aún así hubo siempre una suerte de separación entre las solitarias y las otras, separación necesaria, ya que la práctica del silencio no era seguida mas que por las solitarias, y la mayor parte de las que no se habían comprometido con él, no estaban allí mas que circunstancialmente y muy lejos de querer ser religiosas, al menos no estaban dispuestas a tomar los medios para ello. Sin embargo se proponían diferentes reglamentos en los capítulos, que se tenían de tiempo en tiempo, pero como cada una mantenía en él su idea y hacía falta la pluralidad de sufragios, no se decidió nada al respecto.

[20] Agotada de fatiga y de pena en estos momentos, la Reverenda Madre cayó gravemente enferma. Aguantó el mal por largo tiempo sin pararse, pero

forzada al fin a guardar cama, se abrió ante ella una nueva carrera de sufrimiento. Hacía poco que su madre había vuelto a su casa de la que se había visto forzada a ausentarse por los efectos de la revolución. Habían sido necesarias muchas recomendaciones, de las que nuestra Reverenda Madre había llevado el peso, para preservarla del exilio y de sus molestas consecuencias. Acababa de consentir en dejar a una hija que le era tan preciosa, vivir separada de ella, y aunque su casa y la nuestra estuviesen enfrente, este sacrificio la había sido tan penoso, que un coraje menos invencible que el de nuestra Reverenda Madre no habría podido resistir a tan tiernos lamentos. Pero una vez hecho este sacrificio, aún resultaba mas penoso el estar expuesta a renovarlo, y fue a lo que se vio forzada.

[21] Las visitas domiciliarias tan en uso durante la revolución y tan peligrosas para las personas que ejercían el culto católico, y sobretodo para nosotras que estábamos reunidas en comunidad contra todas las leyes del momento, se volvían peligrosas cada día en la época de que hablo. Nuestra Reverenda Madre postrada en su lecho no podía sustraerse a las investigaciones que se temían. El miedo se apoderó de los espíritus, se la obligó que volviera al lado de su madre. Así se vio desterrada de su propia casa, de la que había hecho la de Dios, para volver a su morada que hacía tiempo había abandonado violentando los más legítimos sentimientos de la naturaleza.

[22] La ausencia y la enfermedad no la impedían sin embargo, vigilar, cuanto podía, el pequeño rebaño confiado a sus cuidados. Yo la veía alguna vez olvidar su debilidad y su mal y recobrar un vigor admirable, cuando se le hablaba de las medidas que había que tomar para sostener el establecimiento. Estaba sobretodo en guardia contra los intentos de la Superiora de la Sociedad, y no perdía de vista que Dios quería que no la entregase la autoridad. De este modo se opuso con coraje a todos los cambios que se querían hacer en la casa durante su ausencia. Así se pasó todo el otoño, con sufrimiento por parte de nuestra Reverenda Madre, con estancamiento por parte del establecimiento. Nuestro Reverendo Padre ocupado por su ministerio, buscaba poder formar algunos jóvenes en la esperanza de fundar un establecimiento para los hombres, pero los primeros de que se cuidó, no respondieron a sus criterios..

[23] En los primeros días del año 1798 nuestra Reverenda Madre se encontró medio convaleciente. No la quedaba ya más que dejar una segunda vez a una madre que había vuelto a tomar la dulce costumbre de verla. Volvió a pesar de todo a tomar el peso de la penitencia y el más penoso de gobernar sin autoridad suficiente a muchas personas cuya mayor parte no entraban en sus proyectos. Es más o menos en esta época cuando un día, fiesta de la Santa Virgen, después de la comunión fue impulsada por un movimiento del Espíritu Santo a hacer el voto de no obedecer jamás a la Señorita Geoffroy, Superiora de la Sociedad, y de no renunciar jamás a la autoridad que se la había confiado, Extrañada ella misma de un compromiso que acababa de contraer espontáneamente, no le quedaba ya mas que ocuparse de los medios para ser fiel a él. Quisiera observar sobre esto que ella tuvo por ello las mayores penas y méritos, ya que su carácter era naturalmente opuesto a todo cuanto la colocara en primer lugar, y necesitó una



humildad constante para sostener la apariencia de ambición y de intriga, en muchas circunstancias en que era necesario que se opusiera a la Señorita Geoffroy, porque no había tomado una persona a quien confiarse. Las gracias particulares y las luces con que era favorecida en la oración, no eran conocidas más que de Dios. Ella misma jamás se permitía pensar en ello voluntariamente, y por otra parte no hacía nada, aún en las cosas que le eran inspiradas, sin el permiso de nuestro Reverendo Padre.

[24] Pocas semanas después de que nuestra Reverenda Madre se hubiera así reunido de nuevo con su pequeña comunidad, encontró la ocasión de dar nuevas pruebas del coraje que la hacía resistir a todo cuanto se oponía a los designios de Dios sobre nosotras. La casa fue denunciada y sorprendida por una visita domiciliaria. Nuestro Reverendo Padre tuvo tiempo de huir, y nuestra Reverenda Madre escapó también escalando los muros con algunas de sus compañeras. De este modo todas las consecuencias desagradables de la visita se habrían evitado, si no hubiera sido por la sencillez de un jardinero que dijo que se había celebrado la Santa Misa. No necesitaban más para meter en prisión a la Señorita de Lussas<sup>14</sup> que pasaba exteriormente por ser la dueña de la casa. Nuestro Reverendo Padre se vio obligado a esconderse en otro refugio. La consternación llenaba todos los corazones pero nuestra Reverenda Madre volviendo al cabo de unas horas, reanimó los espíritus y la adoración no quedó interrumpida un solo instante. Se emplearon todos los medios para conseguir la liberación de la Señorita de Lussas. Se logró, y pocos días después de un acontecimiento que debía haber disuelto la comunidad, todos los miembros se reunieron con el jefe bajo la bandera de una confianza sin límites en Dios. Este sentimiento de confianza es el que llevó poco tiempo después a Nuestro Reverendo Padre a favorecer la evasión de un sacerdote<sup>15</sup> católico detenido en una prisión vecina a la casa. Se envió a dos hombres de coraje<sup>16</sup> que fueron a buscarle hasta bajo los muros del lugar en que estaba encerrado y con el recurso de una escalera le sacaron y haciéndole pasar de jardín en jardín le condujeron hasta la nuestra. Así fue recibido en nuestra casa y se quedó en ella hasta que se le hubo encontrado otro refugio seguro. Sin embargo la persecución no permitía descuidarse en mantener todos los medios de sustraerse a ella. Por eso Nuestra Reverenda Madre se pasaba una parte de las noches en un pequeño falso granero en el que una claraboya daba a la calle y allí como un centinela, mientras la comunidad dormía o rezaba a Dios, ella velaba con gran cuidado por ver si algunos policías no estuvieran rondando en torno a la casa para sorprenderla.

[25] La reunión de todas las asociadas que se tenía ordinariamente todos los meses .no podía celebrarse en un tiempo tan tormentoso. Los sacerdotes tampoco se reunían. Sin embargo se mostraron muy descontentos de que Nuestro Reverendo Padre, que en ausencia del decano ejercía los derechos como suplente<sup>17</sup>, hubiera hecho sin consultarles diferentes pequeños cambios en

---

<sup>14</sup> Srta. Lussa de la Garélie, la futura Sor Clara.

<sup>15</sup> El abbé Baudot, detenido en la Visitación.

<sup>16</sup> El caballero de Prin y un cerrajero llamado Martin. Esta evasión tuvo lugar el 23 de julio 1798

<sup>17</sup> Este decano era el abbé Dancel de Bruneval, administrador de la diócesis de Poitiers, ahora prisionero.

nuestra manera de vivir, por ejemplo el que hubiera permitido la separación de las solitarias del resto de la comunidad. Se reunieron un día en casa de uno de ellos y después de haber manifestado a nuestro Reverendo Padre su descontento, procedieron a la elección de un nuevo decano, y la elección cayó sobre el Señor Perrin. Vino a visitar nuestra casa, se informó de lo que exigía la regla que seguíamos y nos habló de diversos proyectos que tenía para nosotras. En todo ello expresó querer obrar como Superior y gobernarnos. Nuestra Reverenda Madre sintió que por el momento era necesario ceder ante la tormenta, tanto más que la profunda humildad de nuestro Reverendo Padre le impedía oponerse a las pretensiones de sus colegas si no era con la dulzura y los buenos modales. Fue a entrevistarse con el Señor Perrin; le expuso los motivos y las razones que la hacían obrar así, y la necesidad que ella tenía de no estar demasiado estorbada en sus gestiones. El Señor Perrin tenía talento; rindió justicia a su conducta y dejándola libre para gobernar según sus luces, fue el primero en aconsejarla que ejerciera cuanto más pudiera su autoridad. Declaró que era imposible que una comunidad tuviera varios Superiores. Hacía mucho tiempo que nosotras lo experimentábamos tristemente.

[26] Se iban acostumbrando a ver a las solitarias formar un cuerpo separado. La Señorita Geoffroy y las de la comunidad ligadas a su persona, murmuraban de ello en secreto. El Señor Perrin pidió a nuestra Reverenda Madre la asistencia a una reunión. Consintió en ello aunque sin desearlo, y lo que había previsto sucedió: las solitarias no quedaron menos solitarias y sus nuevas compañeras apenas más recogidas. Por otro lado los espíritus no estaban unidos, una parte era partidaria de la Señorita Geoffroy, la otra caminando según los proyectos de nuestra Reverenda Madre, que esperaba el momento en que ella pudiera ejecutar sus proyectos sin ser impedida. Pero para acelerar este momento era necesario realizar una gestión.

[27] Se recordará que nuestra Reverenda Madre no había sido elegida mas que Superiora del pequeño cuerpo de las solitarias. La Señorita Geoffroy había permanecido Superiora general de toda la comunidad y al mismo tiempo de toda la Sociedad exterior que formaba un cuerpo bien diferente del nuestro, puesto que estaba compuesto de mujeres y jóvenes repartidas por el mundo según su estado, y que nosotras vivíamos reunidas bajo una misma regla. Sin embargo por uno de los estatutos de esta Sociedad, la Superiora era elegida por mayoría relativa de sufragios. De esto se seguía que eran las personas extrañas a nuestra manera de vivir y que apenas conocíamos, las que nos imponían una Superiora, ya que el número de estas asociadas era mucho más considerable que el nuestro. Además la misma Señorita Geoffroy vivía en su casa. ¿Cómo podría pues gobernar personas con las que no estaba más que de tiempo en tiempo? Todas estas consideraciones nos decidieron por fin a hacer trámites para obtener la libertad de darnos una Superiora que nos conviniera. Las dificultades que sufrimos se multiplicaron. El consejo de sacerdotes estaba persuadido que era necesario que la Señorita Geoffroy fuera la cabeza de todo; se temía descontentar a las hermanas exteriores. Muchas de ellas se creían con el derecho de entrar como parte en lo que sucedía entre nosotras. Fue necesario presentar una suplica a cada uno de los sacerdotes de la Sociedad. El Señor

Perrin comprobó fácilmente la solidez de nuestras pretensiones, y los otros arrastrados por sus razones consintieron en lo que deseábamos. La Señorita Geoffroy misma se prestó a todo de buen grado. Esperaba retomar, tarde o temprano la autoridad que se le arrebató y llegar de una u otra manera a formar un establecimiento que fuera según sus pensamientos y no los nuestros. Entre tanto determinó a las que entre nosotras estaban decididas a dar su voto a nuestra Reverenda Madre. Se reunió la comunidad, el capítulo se desarrolló con todas sus formalidades y fue elegida por unanimidad de sufragios. La Señorita Geoffroy se mantuvo como Superiora solamente de las hermanas externas según se había convenido por el consejo de los sacerdotes.

[28] Una operación de esta importancia debía aportar un cambio dichoso en nuestra posición, pero estábamos todavía lejos del término al que Dios nos conducía paso a paso, y no pudimos sentir la benéfica influencia de la nueva autoridad, a la que nos habíamos sometido. Es fácil de entender su razón, ya que el consejo de sacerdotes al permitir la elección no había cedido nada de la autoridad que él creía tener sobre nosotras. El menor reglamento que quisiera hacer nuestra Reverenda Madre era discutido y se necesitaba el asentimiento de todos para que fuera ejecutado. Nuestro Reverendo Padre veía con claridad todo cuanto esta posición tenía de penosa, pero se mantuvo en no querer romper con sus compañeros para encargarse él solo de nuestros asuntos. No había llegado el momento en que la divina Providencia debía colocarlo a la cabeza de un establecimiento del que estaba destinado a ser el fundador y el apoyo. Esto que acabo de avanzar es tan verdadero que nuestra Reverenda Madre sufrió mucho para despedir a una novicia que no convenía y solo después de haber sido forzada a explicar sus razones a todos los sacerdotes, fue cuando obtuvo el permiso.

[29] No obstante no he recorrido aquí más que los obstáculos exteriores que nuestra Reverenda Madre tenía que soportar ¿Qué podría decir de los que ofrecía el interior de la comunidad?. Éramos 12 sin otros compromisos que las simples resoluciones. Dentro de este número estaban las que no tenían ni tan siquiera el proyecto de ser alguna vez religiosas; otra parte, ligadas a la Señorita Geoffroy y acostumbradas a llevar desde hacía tiempo una vida piadosa, se conducían según ideas particulares, el parecer de cada confesor con quien se dirigían y no había más que poca o ninguna confianza en nuestra Reverenda Madre. El resto lleno de buena voluntad no tenía sin embargo ninguna experiencia de la vida religiosa. Por otro lado, ¿qué puede hacer una Superiora en sujetos que saben bien que pueden desobedecer sin pecar? Sin embargo, así eran las que nuestra Reverenda Madre tenía que gobernar. Sus cuidados a pesar de todo no eran de hecho totalmente infructuosos. Se hacía un poco de bien, la adoración perpetua se mantenía con fervor, no se servía a Dios como perfecto religioso, pero lo poco que se hacía lo era de buen corazón. Nuestra Reverenda Madre aprovechó esta buena voluntad para conducir(*nos*) poco a poco al espíritu de mortificación del que estaba animada: propuso comer de vigilia durante el adviento. Se aceptó con gusto, y pocos días después le fue inspirado el medio de reunir a toda su comunidad bajo una santa regla.

[30] Tendría dificultad en describir con qué celo y con qué éxito nuestra Reverenda Madre llegó a triunfar en una tarea en la que naturalmente todo eran oposiciones.

[31] Se comenzaba a conocer en nuestra ciudad la vida austera y edificante que llevaban en la Valsainte los trapenses exiliados de Francia desde la revolución. Le llegaron a nuestra Madre algunos detalles de todo lo que practicaban. Le pareció que una vida tan perfecta no podía ser más que agradable a Dios y conducirnos al fin al que queríamos llegar. Nuestro Reverendo Padre acogió sus apreciaciones con admiración, y entonces comenzó a hacer ella sola el ensayo de esta regla. Una simple plancha de madera fue su lecho, no comía más que una vez al día.

[32] Habiéndole probado la experiencia que este género de vida no ofrecía nada de impracticable, intentó hacerlo aprobar por los sacerdotes de la Sociedad. El Señor Perrin estaba totalmente dispuesto a ello, los demás se opusieron, como se comprobó con el tiempo, pero Dios por un efecto maravilloso de su Providencia sobre nosotras encadenó su voluntad: lo consintieron, tan solo uno se mantuvo neutral.

[33] Nuestra Reverenda Madre, reunió entonces a toda su comunidad, y detallando cuanto quería adoptar de la regla, pidió el asentimiento de cada una de nosotras. Todas dieron el suyo, las unas por el deseo de hacer penitencia, otras por la convicción de que todo cuanto nuestra madre proponía, venía de Dios y llevaba a Dios, las otras por fin, y estas fueron las partidarias de la Señorita Geoffroy, querían ensayar si esto podría convenirles, proponiéndose no obstante abandonarlo todo cuando ya no les gustara. Debido a esta disposición, fueron un gran inconveniente entre nosotras. Parecía que constantemente la divina Providencia en su proyecto sobre nuestro establecimiento juntaba siempre, al lado de sus mayores gracias, contrariedades que sufrir y dificultades que vencer. La Señorita Geoffroy comenzó a perder la esperanza de convencernos de sus criterios, pero conservó la de quitarnos, llegado el momento, las personas que le convinieran.

[34] La intención de Nuestra Reverenda Madre al adoptar varios puntos de la regla de los trapenses no había tenido la intención, como se creyó generalmente, de asemejarnos con esta Orden. Por eso no tomó más que lo que podía estar de acuerdo con los designios de Dios sobre nosotras: el silencio, los grandes ayunos, la lana, acostarse sobre una simple plancha de madera, las vigiliias de la noche, alimentarse solamente de pan integral, de agua, de leche, de frutas y legumbres, los capítulos de culpa. Su acostumbrada prudencia la llevó a no hacernos realizar las diferentes cosas mas que poco a poco y una tras la otra, y como ella practicaba siempre más de lo que prescribía a las otras, nada pareció demasiado difícil, y nuestra casa tomó por fin una consistencia religiosa.. El primer día del año 1799 fue cuando comenzamos con los grandes ayunos, el primer ejercicio de la nueva regla que acabábamos de adoptar.

[35] Vivíamos en paz y tranquilas con nuestra entera separación del mundo. Nuestra Reverenda Madre para cuidarnos esta tranquilidad, llevaba sola todas las

dificultades y las penas. Había muchas en una situación en que todo resultaba crítico y difícil. La persecución exigía una vigilancia continua. Todos los días quitábamos los muebles del dormitorio para ocultar las planchas, a fin de que nada denotara la existencia de una casa religiosa y un excesivo número de personas reunidas. Necesitamos, durante un cierto tiempo, llevar la precaución hasta contentarse con el suelo como cama, y esconder por miedo a las investigaciones hasta nuestros cubiertos y nuestras tazas. El resto de los muebles de la casa no era sospechoso. En ese punto no teníamos más que lo absolutamente necesario. En verdad que fue en el seno de la pobreza donde se formó nuestro establecimiento. He dicho al comienzo de esta historia cómo nuestra Reverenda Madre se había despojado de todo cuanto poseía para comprar la casa. Éramos casi todas pobres. Las que tenían algo daban 300 francos por año, lo que no llegaba a reunir en total ni 100 luises de ingresos. Sin embargo con aquella suma módica se proveía a las necesidades de cada una y llegaba para los otros gastos, siempre considerables en los comienzos de un establecimiento. No teníamos aún hermanas conversas. Hacíamos sin embargo todos los trabajos de la casa. Se recibía en la mesa de las hermanas donadas a todas las hermanas externas que se presentaban, y por otro lado, no se rehusaba jamás la hospitalidad a todos los sacerdotes que nos pedían un refugio breve.

[36] El público, amigo de la novedad, admiró primero nuestro género de vida. La Señorita Geoffroy, bien lejos de querer abrazarla, sin embargo no había pronunciado su separación de nosotras. Estaba considerada como miembro de nuestra casa aunque ella vivía en la suya. Ya he dicho que había continuado como Superiora de las hermanas externas. Esto la daba una gran influencia. Su carácter insinuoso, la proporcionaba muchos partidarios. Siempre era en nuestra casa donde se tenían las asambleas de las hermanas externas y estaban también los despachos. Había dos principales, el de caridad que proveía a las necesidades de sacerdotes y de religiosas, y el de la enseñanza que se ocupaba en sacar algunos niños de la profunda ignorancia en que la revolución les dejaba respecto a la religión. Todas estas ocupaciones eran diferentes de las nuestras, ya que estábamos consagradas al retiro y al silencio. Sin embargo, como formábamos un cuerpo, necesitando nuestras hermanas externas separadas o aisladas un centro de reunión y una base que sostuviese y facilitase el bien que ellas querían hacer, era necesario que hubiera entre ellas y nosotras unión y relación. Pronto comprobamos que no se llegaría a ello en tanto que nuestra Superiora no fuera la de todas. Efectivamente, nuestras hermanas externas se persuadieron de que ellas formaban el cuerpo principal de la Sociedad y que, en consecuencia, ellas debían tener la influencia sobre nosotras y que nosotras no podríamos tenerla sobre ellas. El consejo de sacerdotes favorecía sus pretensiones. Sin embargo el Señor Perrin sentía lo absurdo de un régimen al que se nos quería adaptar. Consiguió persuadir a sus compañeros, y en una asamblea general, se determinó y convino que la Superiora de nuestra casa sería la Superiora general de toda la Sociedad, que sin embargo al ser diferentes las ocupaciones y los deberes de cada cuerpo, el de las hermanas externas tendría una Superiora particular, pero que estaría bajo la dependencia de la Superiora general, que la forma de elección se haría de esta manera: La Superiora general propondría una persona, el consejo de los sacerdotes otra, y que las hermanas

eligieran a pluralidad de sufragios aquella que les convenía. Nadie se opuso a esta decisión. Se procedió a la elección. Fue elegida la Señorita Viart<sup>18</sup>. Lo hubiera sido la Señorita Geoffroy, pero como estaba censada miembro de nuestra casa, el consejo no la pudo proponer.

[37] Nuestra Reverenda Madre convertida así en Superiora general habría podido hacer avanzar con éxito la obra de Dios. Su celo permaneció sin embargo todavía reprimido. La persecución iba remitiendo a tiempos y volvía enseguida con nuevo vigor. El consejo de sacerdotes conservaba su autoridad sobre nosotras, y pronto casi todos sus miembros se declararon opuestos al género de vida que nos habían permitido abrazar. Se decía que era impracticable, que corríamos a una muerte segura. El público que recibíamos en nuestro oratorio, examinaba todos los movimientos y buscaba descubrir en nuestros rostros signos de tedio y de una fatiga extrema. Fue sobretodo contra nuestra Reverenda Madre y nuestro Reverendo Padre contra los que se sublevaron los espíritus. A ellos es a quienes se les achacaba lo que llamaban los excesos de un celo ciego y exagerado. Se llegó hasta mirarnos como las víctimas de su ambición y del deseo que tenían de gobernar. Se ennegreció con imputaciones atroces y odiosas la pureza de sus costumbres y de su conducta. Varias veces nuestro Reverendo Padre fue acusado de robos y de cosas peores. He de declarar no obstante que las personas virtuosas y razonables no daban crédito a estas calumnias, que se extendían más bien entre el pueblo y un pequeño número de malvados, pero debo también admitir al mismo tiempo que muchas personas estimables y particularmente el consejo de sacerdotes y varios miembros de la Sociedad, aún rehusando su credibilidad a lo que la caridad no les permitía suponer como verdadero, se dejaron sin embargo sorprender por algunas prevenciones que poco a poco prepararon la ruptura que aún he de narrar.

[38] El Señor Perrin, como se ha visto, nos había hecho grandes servicios. Le gustaba la regla de los trapenses, pero acabó siendo por ello para nosotras un partidario demasiado celoso. Nuestra Reverenda Madre había tenido siempre la intención de que nuestra Orden fuera independiente de la de estos religiosos, y en esto quedó contrariada. Se vio forzada a mantenerse en guardia contra lo que él quería emprender para llevarnos a ese fin. No solamente fue en esto donde este eclesiástico, ardiente en sus deseos y que sabía bien servirse de su autoridad para hacerlos ejecutar, se encontró en oposición con nuestra Reverenda Madre. Tuvo necesidad de toda la prudencia y de los alientos con que Dios la había favorecido, para despedir a una novicia que el Señor Perrin juzgaba que debía conservar, y para evitar el recibir a otra que él se creía en el derecho de que se aceptara. De este modo era casi imposible a nuestra Superiora hacer aquello que sabía era necesario para el bien de la casa, sin encontrar obstáculo. La santidad y el mérito personal de cada sacerdote de la Sociedad, no evitaba el inconveniente inseparable de su gobierno. No es que quisiéramos ser independientes, pero no necesitábamos más que un solo Superior.

---

<sup>18</sup> La futura Sor Francisca y más tarde segunda superiora general.

[39] El consejo de los sacerdotes renovaba cada año la elección de su decano. El sacerdote Morat sucedió al sacerdote Perrin. Este sacerdote Morat era quien tenía la confianza particular de la Señorita Geoffroy. Estimaba mucho a esta señorita. Se creía sus iluminaciones, y aunque tuvo también para con nosotras benevolencia y consideración, iba a ser bien necesario que nos mostrara este interés principal del que teníamos necesidad.

[40] El interior de nuestra pequeña comunidad no resarcía siempre a nuestra Reverenda Madre de los obstáculos y de las penas que encontraba en el exterior. Comprobó muchas veces que es imposible formar para la vida religiosa a seres independientes. (He observado ya que nosotras todavía no habíamos hecho votos). Tuvo además el dolor de perder, el 21 de noviembre 1799, día de la Presentación de la Santa Virgen en el templo, a nuestra Hermana María Pinneau. Esta excelente hija se había distinguido siempre por su obediencia y su afecto a nuestra Reverenda Madre. Una gran sencillez, una entrega perfecta para realizar lo que Dios quería, fueron su consolación en sus últimos momentos. Murió de una enfermedad de pecho con la que había nacido. Nuestra Reverenda Madre recibió su último respiro. Tenía algo más de 40 años, era la de mayor edad entre nosotras.

[41] Hasta esta época aún no habíamos adoptado el vestido religioso al exterior. Comenzamos a llevar el vestido de lana blanca que habíamos conservado. Ya hacía mucho tiempo que nuestra Reverenda Madre por una inspiración particular se había comprometido por un voto a la Santa Virgen a no llevar más que ese color. También fue por ese mismo tiempo, es decir durante el Adviento de 1799, cuando tuvimos el permiso de rezar el breviario de la diócesis en lugar del oficio de la Santa Virgen, el que teníamos en uso. Nuestra Reverenda Madre quería conservar también la recitación del oficio de difuntos. Tuvo que sufrir para conseguirlo. El consejo de sacerdotes mantuvo una larga sesión para todo esto. Se nos reunió para saber si esta nueva práctica nos convenía a todas. Cito este caso particular que prueba en cuántas de las menores cosas encontraba dificultad nuestra Superiora.

[42] Sin embargo nuestro pequeño número comenzaba a crecer. Admitimos a hacer su prueba a varias novicias conversas y otras. Nuestra Reverenda Madre cultivaba con cuidado por su lado las felices disposiciones de dos jóvenes que Dios había elegido para llegar a ser bajo su dirección los primeros Celadores del Amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Así se iba levantando poco a poco el velo bajo el que la divina Providencia había ocultado durante mucho tiempo todo cuanto hacía para el establecimiento de esta Orden. El primero de los jóvenes de que acabo de hablar fue conocido entre nosotras bajo el nombre de hermano Bernardo<sup>19</sup>. Tenía expectativas de riqueza en el mundo, pero su atracción le llevaba entonces con ardor a la vida religiosa. El P Hilarión era el segundo, tenía apenas 17 años<sup>20</sup>. Sus progresos en las ciencias profanas

---

<sup>19</sup> Hermano Bernardo de Villemort

<sup>20</sup> Nacido el 5 de febrero en Montbezon, diócesis de Tours. Gabriel de la Barre le da casi siempre el título de Padre. Esto supone que en la época de la redacción del manuscrito, el P. Hilarión era ya sacerdote. Ahora bien se ha de colocar la ordenación sacerdotal del P. Hilarión poco antes del

habían sido de una rapidez extraordinaria. Tuvo un éxito no menos asombroso en las de la religión, y llegó a adquirir la capacidad de instruir a los demás en una edad en que aún se estudia para sí mismo. Una carrera digna de su celo y de sus talentos se iba a abrir ante él. Mientras tanto, comenzó con el hermano Bernardo a enseñar el catecismo a los niños.

[43] Nuestra Reverenda Madre no podía enorgullecerse de que todas las personas que tenía bajo su dirección, responderían a su vocación. Habiéndola dado Dios un talento singular para hacer el discernimiento de espíritus, le era fácil juzgar que cuando llegara el momento de contraer compromisos serios, solamente aquellas que las circunstancias habían colocado entre nosotras, al final se pronunciarían. Sin embargo el afecto que nos tenía a todas en general, convertía esta idea en dolorosa, y jamás dejó de tener condescendencia y miramientos con las que ya tenía sospechas. La Señorita Bert, una de ellas, era la amiga de la Señorita Geoffroy. Su temperamento fuerte y su carácter no le daban el punto de desprendimiento para una vida austera. Pero su espíritu ligero curioso, activo, que tenía necesidad de ocuparse de todas las pequeñas cosas que llamaban la atención de sus sentidos o de su imaginación, la hacían poco apta para una vida recogida. La Señorita de Prin, la segunda de que quiero hablar, era una joven de salud delicada, de la que se preocupaba mucho. Por otro lado no había renunciado a estar en todos los asuntos de una familia que le era muy querida; en consecuencia nuestra casa no era mas que un asilo que le era necesario y en modo alguno aquel en que había fijado su destino. En fin, la tercera, la Señora Babin, estaba admitida en el número de nuestras Hermanas donadas. Su exclusivo afecto por la Señorita Geoffroy la había colocado entre nosotras en un momento en que esperaba que esta señorita sería nuestra Superiora. Mostraba una oposición abierta a la regla que seguíamos nosotras, además de poco espíritu, de relaciones muy frecuentes con gentes de fuera. Nos hacía justicia, nos amaba, pero nosotras no le podíamos convenir. La Señorita Bert y esta señora mantenían secretamente particulares comunicaciones. La primera más molesta, porque seguía nuestra regla, se servía de la otra para conservar relaciones con la Señorita Geoffroy. Así se iba apañando suavemente la intriga cuya consecuencia habré de contar pronto. Solamente observo aquí que, forzada por la verdad de decir cuanto se refiere a la claridad de mi narración, no quiero con ello concluir nada desventajoso para las personas que acabo de citar y de las que debo sin embargo reconocer la virtud.

[44] Nada podía hacer volverse a nuestra Reverenda Madre de la marcha que había seguido desde los comienzos. Fiel a la gracia que la empujaba, asidua a la oración en la que el Espíritu Santo la inspiraba paso a paso lo que debía hacer, atenta para captar todas las circunstancias que la misma Providencia le preparaba, avanzaba hacia la época en que Dios quería manifestar claramente sus designios sobre nosotras y servirse de ella como de un nuevo Moisés para dar su ley al pequeño pueblo que se había escogido.

---

17 de enero 1806; en la carta escrita por el P. Antonio Astier al P. Hilarión el 17 de enero 1806, le felicita por su ordenación.



[45] El hermano Bernardo, del que he hablado más arriba, se ocupaba seriamente en consagrarse a Dios en el estado religioso. Nuestro Reverendo Padre le encargó que se pusiera de acuerdo con nuestra Reverenda Madre para escribir el proyecto de una regla que conviniera, con modificaciones necesarias, a una Orden de hombres y de mujeres y que se pudiera enviar a Roma con el fin de obtener para nuestro Instituto la aprobación de la Santa Sede. Nuestra Reverenda Madre se dedicó a esta nueva ocupación olvidando todo lo que la hacía sufrir un mal de pierna considerable que había descuidado en los comienzos. Apenas podía andar y sin embargo hizo largos desplazamientos para encontrar a un hombre que iba al extranjero y a quien encargó de que hiciera llegar a Roma el plan de nuestro establecimiento. Era necesario en la posición en que nos encontrábamos, que todas nuestras operaciones fuesen secretas. Sin embargo parece que la Señorita Bert llegó a descubrir alguna cosa, al menos conjeturó, por la ocupación en que veía a nuestra Madre, que estaba pasando algo interesante. Cuatro postulantes que teníamos desde hace algunos meses, tomaron el hábito religioso y entraron en el noviciado. Nuestro Reverendo Padre hizo en la ceremonia un discurso en que dejaba entrever que teníamos muy seriamente el proyecto de formar una Orden monástica, como las que habían existido en tiempos pasados. Por fin, todo esto determinó, según las apariencias, el estallido que se preparaba desde hace tiempo.

[46] El día de la Trinidad de este mismo año 1800, notamos en el rostro de la Señorita Bert un aire de tristeza y turbación que nos inquietó. Pocos días antes había pedido y obtenido permiso para ir a hablar con el sacerdote Morat, decano del consejo de sacerdotes. No conocíamos aún bien lo que aquello significaba, pero pronto se aclaró todo. La Señorita Bert y la Señorita de Prin remitieron un paquete de cartas a las señas de nuestra Reverenda Madre (para depositarlas) entre las manos de nuestro Reverendo Padre, y después de haberle dicho que se separaban de nosotras, salieron de la casa. Este paquete contenía sus despedidas y la exposición de las razones y de los motivos con que excusaban su conducta. La Señorita Berta alegaba que nuestro género de vida no convenía a su carácter y la Señorita de Prin que su salud no podía aguantarla. Una y otra se retiraron y se establecieron en casa de la Señorita Geoffroy, quien renunciando por fin claramente a las apariencias que había guardado, estableció su casa. Ellas declararon además que permanecían en la Sociedad de externas

[47] Inmediatamente después de este acontecimiento nuestra Reverenda Madre nos reunió en capítulo. Lloramos juntas por el modo con que se separaron de nosotras unas hermanas que nos eran tan queridas y aprovechamos esta ocasión para renovar la expresión de nuestra vinculación y nuestra entrega al estado que habíamos abrazado. Sin embargo no pudimos tranquilizar enteramente a nuestra Reverenda Madre. Exigió que reflexionáramos de nuevo, e hiciéramos conocer por escrito al consejo de los sacerdotes nuestra libre determinación. Se hizo al día siguiente después de haber asistido a una Misa del Espíritu Santo que celebró nuestro Reverendo Padre en nuestra capilla con esta intención. Nuestra declaración fue unánime a favor de la regla que seguíamos. Fue llevada al consejo de sacerdotes. Se quedaron poco convencidos. Les pareció que el momento que habíamos escogido no era el más favorable y hacía sospechar que

habíamos estado presionadas a dar este paso por nuestra Reverenda Madre. Creo en verdad que no nos consideraban sospechosas de falsedad, sino de un tanto de condescendencia.

[48] Cuando se supo públicamente la escisión que acababa de suceder entre nosotras, se renovaron los clamores y las prevenciones. La salida de una novicia y de la Señora Babinet, que enseguida nos previno que iba a reunirse también con la Señorita Geoffroy, las aumentó más todavía. Se miraba a nuestra casa como le sede de la desgracia y la desavenencia, y empezamos a pensar que había llegado el momento de tomar precauciones para asegurar los fundamentos de nuestro establecimiento, para que no se derrumbara bajo el régimen que la había gobernado hasta ahora.

[49] Nuestra Reverenda Madre con un coraje que los contratiempos aumentaron más, resolvió someter a la aprobación del Ordinario<sup>21</sup> todo cuanto se practicaba entre nosotras. No es que los Superiores eclesiásticos no tuvieran ya un conocimiento general de lo que hacíamos, pero dejaban a los sacerdotes de la Sociedad gobernar nuestros asuntos y nosotras todavía no nos habíamos atrevido a hacernos aprobar en las formas debidas como congregación religiosa.

[50] Presentamos una súplica que contenía la simple exposición de nuestro género de vida y del deseo que teníamos de continuar. Fue cumplimentada del modo más satisfactorio. Nuestra Reverenda Madre previno de ello al sacerdote Morat, y le rogó que la publicara. Éramos demasiado poco queridas como para no desear que nuestras operaciones fuesen secretas.

[51] A continuación de esta gestión hicimos otra no menos necesaria. Habíamos continuado con plena satisfacción siendo gobernadas por nuestra Reverenda Madre, pero como no había sido elegida mas que para un tiempo limitado, era necesario proceder a la reelección. Lo hicimos de prisa, y para asegurar el establecimiento de nuestro Instituto y nuestra felicidad personal, tomamos el sabio partido de elegirla Superiora general a perpetuidad. Después de haber levantado acta de ello la enviamos para la aprobación de los Superiores eclesiásticos, que sancionaron nuestra operación<sup>22</sup>. De este modo la divina Providencia, después de habernos conducido por largo tiempo bajo el velo de las contradicciones y de las incertidumbres, el feliz destino que nos preparaba, nos dejaba por fin entrever esa tierra prometida a la que, como lo he dicho, iba a conducirnos un nuevo Moisés. Aquellos de mis lectores que serán Celadores del Amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, no encontrarán forzada mi comparación, y ojalá que se pueda por largo tiempo, en nuestra Orden, sentir y apreciar su realidad!

[52] Nuestra Reverenda Madre, encontrándose ya revestida de toda la autoridad necesaria, pensó con acierto que todavía quedaba una cosa muy importante por hacer. Estábamos bajo el gobierno de los Superiores eclesiásticos como

---

<sup>21</sup> Los dos Vicarios capitulares o generales, Srs. Messay y de Mondion.

<sup>22</sup> La aprobación de los Vicarios capitulares está fechada el 17 de octubre 1800

miembros de la Iglesia y además como congregación religiosa. Sin embargo nos faltaba un Superior particular. Ya es sabido que antes, todas las comunidades sometidas al Ordinario eran gobernadas así. Nuestra Reverenda Madre hizo esta observación al Superior eclesiástico a quien se había dirigido para obtener nuestra aprobación, y le pidió que accediera a la nueva petición. La elección recayó sobre nuestro Reverendo Padre<sup>23</sup> y de este modo todo se encontró reunido para que no hubiera más obstáculos a los designios de Dios sobre nosotras.

[53] La Sociedad de hermanas externas seguía siempre en la misma situación. No la habíamos tomado en cuenta para nada en las gestiones que acabábamos de realizar. No la veíamos mas que simplemente como una reunión de personas en unión de oraciones con nosotros. Las dejábamos de buen grado sus reglamentos particulares, en tanto que ellas no quisiesen hacerles dominar sobre los nuestros. Pero no era así como esta Sociedad lo entendía, tampoco el consejo de sacerdotes. El descontento se hizo casi general, aún antes de que tuvieran conocimiento completo de las gestiones que habíamos hecho para librarnos de su dominación. La Señorita Geoffroy que intentaba con todas sus fuerzas formar un establecimiento particular, tenía a su favor a todo el consejo de sacerdotes y a la gran mayoría de la Sociedad. Se murmuraba sordamente. Sin embargo las asambleas y los despachos continuaban teniéndose en nuestra casa. Todo marchaba exteriormente como de ordinario. No queríamos, sin ser forzadas a ello, separarnos de una Sociedad que estimábamos con justicia, a pesar de su oposición contra nosotras. Nuestro Reverendo Padre sobretodo, mantenía con fortaleza su unión con sus compañeros, pero sus vocaciones eran demasiado diferentes como para que no se viera obligado a mantenerse en simples relaciones de deferencia y de estima que eran debidas a su mérito personal. Ninguno de esos sacerdotes se destinaba al estado religioso. La mayor parte, por ser párrocos o por otra razón, tenía compromisos particulares, y se acercaba el momento en que Dios iba a enviar a Nuestro Reverendo Padre discípulos destinados a hacer brillar bajo su conducta los bellos días de este estado religioso, que se había convertido, por la debilidad en la fe y la desgracia de los tiempos, en algo tan despreciable a los ojos de los hombres.

[54] El hermano Bernardo, de quien he hablado antes, se mantenía en su vocación. El hermano Hilarión se relacionaba cada vez más con nuestro Reverendo Padre. Se reunían los tres en la capilla para recitar allí en alta voz las horas canónicas. El estudio de la teología y sobretodo la asiduidad a la oración llenaban las horas de sus jornadas. Tomaban de los consejos y sobretodo de los ejemplos de nuestro Reverendo Padre los principios que les disponían a ser Celadores. El hermano Bernardo se aproximaba al momento en que debía de recibir las santas Órdenes. La Providencia arreglaba los medios de apresurar este momento. Vacilaba, dudaba, y esta fue la primera causa que le hizo perder el fin hacia el que había corrido con tanto ardor.

---

<sup>23</sup> El 28 de octubre 1800

[55] La ruta a cuya entrada nos había llevado el cielo se allanaba ante nosotros por todos los acontecimientos que acabo de narrar. Marchábamos por ella siguiendo a nuestros superiores atentos a todo lo que pudiera esclarecer sus pasos y favorecerlos. Un asunto de familia que tenía relaciones esenciales con los intereses de nuestro establecimiento, forzó a Nuestra Reverenda Madre a hacer un viaje a Niort. Empleó tanta celeridad que 24 horas le bastaron para ello, pero muy poco después se vio obligada por las mismas razones a emprender otro viaje a una ciudad más lejana. Este viaje que hizo a caballo por los calores de fuego del verano, no fue capaz de cambiar en nada la vida austera que llevaba desde hace largo tiempo. No olvidaba ninguno de los instrumentos de penitencia con que cargaba su cuerpo, no reposando mas que en una silla por las noches, tras haber recorrido varias leguas, no comiendo mas que a la noche y rehusando a la sed que la devoraba el alivio de un vaso de agua. Sufría más que cuanto pueda describir y se disponía a las grandes gracias que el cielo la preparaba.

[56] Vuelta al lado de sus hijas, se ocupó en su progreso en la perfección de su estado. Tenía demasiada claridad como para no sentir que nos faltaba el medio más poderoso para llegar a ello, y que en verdad sin los votos no podíamos formar esa porción privilegiada del rebaño de Jesucristo, que la Iglesia siempre ha distinguido. Habló de ello con nuestro Padre. Él mismo estaba muy ocupado por comenzar a formar de un modo firme el establecimiento de los hombres. En una posición en la que se encontraba entonces la Iglesia de Francia, parecía una tarea muy atrevida el hacer tomar compromisos religiosos. Pero en nada estuvo por encima de su coraje. Nos hicieron la propuesta sobre ello. Nuestros deseos se habían adelantado. El permiso fue concedido por los Superiores de la diócesis y, en la capilla de nuestra casa, en presencia de todas las Hermanas novicias y donadas, cinco<sup>24</sup> hermanas pronunciamos votos anuales de castidad y de obediencia el día de San Caprasio, 20 de octubre 1800<sup>25</sup>. El mismo día nuestro Reverendo Padre puso la primera piedra del establecimiento de los hombres, tomando también públicamente, con el hermano Bernardo y el hermano Hilarión, las resoluciones en uso en nuestro Instituto, y por este primer acto fue como se dispusieron a los augustos compromisos que poco después, como lo narraré, les comprometieron de por vida como Religiosos Celadores en seguimiento de Jesucristo, su jefe y modelo.

[57] Nuestra Reverenda Madre había hecho desde hace tiempo, particularmente, voto de castidad perpetua y voto de obediencia en manos de nuestro Reverendo Padre. Dios siempre la había conducido de tal manera que la hacía practicar de antemano lo que quería que ella hiciera cumplir a las demás.

[58] Nuestra alegría en esa feliz época no fue turbada mas que por la pena que tuvimos de ver a una de nuestras hermanas separarse de nosotras.. La Señorita

---

<sup>24</sup> Fueron: Enriqueta Aymer de la Chevalerie, Elena de la Barre, Teresa Souc de la Garéli, Magdalena Chevalier y Gertrudis Godet. Ver facsímil del acta de los votos de la B.M. en Trochu, 'La Servante de Dieu Henriette Aymer de la Chevalerie'. Lyon (1950), p. 117.

<sup>25</sup> El permiso de hacer los votos anuales fue concedido el 14 octubre 1800 por los Vicarios generales de Poitiers

Michel, de la que acabo de hablar, era excesivamente escrupulosa. Una vez nada encontraba difícil, e inmediatamente después, el yugo del Señor le resultaba abrumador. Constante en su devoción, pero inconstante en los medios de mantenerla, no quiso tomar compromisos. Consentimos en guardarla libre entre nosotras, pero poco después nos dejó con toda libertad.

## Segundo cuaderno

[59] *(p.37)* Comienzo la segunda parte y la más interesante de nuestra historia. Para escribir la primera me ha sido necesario traer a mi memoria las cosas que he visto, las personas con quien he vivido. Para escribir dignamente ésta, necesitaría que dejase la tierra y que fuese a aprender de Dios mismo todo cuanto ha hecho por nosotros. No diré nada de lo que no tenga certeza y callándome lo que no haya podido descubrir con alguna claridad, espero que una pluma más dichosa que la mía me suplirá un día.

[60] No hacía mas que unos pocos días que habíamos pronunciado los votos, cuando el Señor Perrin vino a proponer a nuestra Reverenda Madre que entrara su comunidad en una asociación imponente que comenzaba a formarse, y que por la marcha que en ella se seguía, debía extenderse por toda Francia, o más bien por todo el universo católico. Admiró la sublimidad del plan, pero Dios la ilumino desde demasiado cerca como para que no viera que no era esa nuestra vocación. Ella rehusó. Nuestro pequeño establecimiento pobre, oscuro, aún poco numeroso, sin apoyo, sin protección, permanecía con esta sabia conducta en su independenciam. Nos creímos bastante firmes, si, como lo esperábamos, el cielo estaba por nosotros y Dios en su misericordia no tardó en darnos él mismo la seguridad.

[61] Nada parecía difícil a nuestros Superiores, cuando se trataba de hacer las gestiones necesarias para el éxito de su empresa. En consecuencia nuestra Reverenda Madre tuvo el proyecto de ir a Roma para solicitar del Soberano Pontífice la aprobación de nuestra Orden. Una persona a quien pidió cartas de recomendación para el viaje, la aconsejó al administrador de la diócesis de Tours<sup>27</sup>, que tenía relaciones con aquel país, y la entregó una carta para él.

[62] No éramos bastante ricos para viajar cómodamente. Por otro lado nuestra Reverenda Madre, había probado que la fatiga y el dolor no le merecían ninguna consideración, y que podía vencer todo en este terreno, cuando se trataba de ir donde los intereses de la gloria de Dios la llamaba. No dudó pues más, y tomó el coche de postas público de nuestra ciudad para dirigirse a Tours. Dios permitió que los que viajaban con ella, fuesen gentes sin educación que tenían entre ellos una conversación grosera y escandalosa, aunque sin embargo la guardasen personalmente el respeto que su sola compostura les inspiraba. En

---

<sup>27</sup> El Sr. abbé Raboteaau

medio de una tal compañía sucedió que un día hacia las ocho de la tarde (hora en que es costumbre rezar solemnemente una Salve Regina, con una luz en la mano) fue arrebatada en espíritu. Le pareció que estaba con aquellas de nosotras, particularmente las que habíamos hecho los votos, en medio de una muchedumbre innumerable de ángeles, con una luz en la mano, cantando con ellos el Salve Regina alrededor del trono de la Santa Virgen. Ella notó que allí había ángeles destinados de un modo especial al servicio de este Reino del cielo. Vuelta de este éxtasis conservó una fuerte impresión, pero se había impuesto la ley de no pensar voluntariamente en las cosas extraordinarias que le sucedían. Se ocupó por tanto poco de esta visión y hablaba de ella más como en broma que como de un ensueño.

[63] Llegada a Tours, Mons. Raboteau, administrador apostólico de esta diócesis, hombre de santidad y de méritos distinguidos, la acogió con una gran consideración, y le dijo que su establecimiento merecía la aprobación de todas las gentes de bien, pero que el momento no era favorable para emprender el viaje a Roma. Las razones que le dio eran sólidas. Mientras esperaban que fuera posible ejecutar este proyecto, le propuso hacer llegar a Su Santidad una corta exposición de lo que se practicaba entre nosotros. Nuestra Reverenda Madre aceptó la proposición y se dio prisa en volver, dejando a Mons. Raboteau tan admirado de la austeridad de su vida, que había intentado persuadirla que debería, al menos por condescendencia, permitirse algunos alivios en los viajes. Pero éste lo hizo como los precedentes y se volvió sin haber tomado un momento de reposo que no fuera sobre una silla de paja y de madera donde dormía algunos instantes después de haber pasado la noche en oración.

[64] Comenzaron desde entonces a darse cuenta de que una persona tan mortificada tenía un gran crédito en el cielo. Muchas personas fueron testigos de un acontecimiento que lo probaba bien. Nuestro Reverendo Padre tenía herpes sobre las manos que le inquietaban. Fue súbitamente curada de él al meter las manos encima de la tela que ella había hecho tocar a la pequeña estatua de la Santa Virgen que teníamos en la capilla. La enfermedad no ha vuelto a aparecer desde entonces y la salud de nuestro Reverendo Padre no ha sufrido otra signo de alteración. Algún tiempo antes, una de nuestras hermanas que tenía dolores agudos en el estómago, los sintió apaciguarse en el momento en que Nuestra Reverenda Madre colocaba sus manos sobre la parte enferma. Parecía que con ello Dios quisiera prepararnos a cuanto debíamos ver posteriormente.

[65] Apenas había vuelto de Tours cuando se presentó de nuevo la necesidad de hacer otro viaje. El mismo coraje para emprenderlo, las mismas penas, la misma fatiga, la misma actividad. Todo se acabó en pocos días. Así que sus ausencias obligadas, no estropeaban ni su interior ni el desarrollo de la obra de Dios dentro de nuestra casa. Fue por esta misma época cuando nuestro Reverendo Padre admitió al noviciado a dos jóvenes que hicieron sus primeras resoluciones con el nombre de hermano Pablo<sup>28</sup> y de hermano Simón, y cuando el hermano

---

<sup>28</sup> El Hermano Paul Gaillard, profeso en agosto 1802, salido en 1811.

Bernardo partió con la intención de recibir las órdenes. Quiso pasar por París para consultar a su padre<sup>29</sup>. Se le habría podido decir: dejad a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos: seguid a Jesucristo que os llama. Como quiera que sea, se paró en esa ciudad, perdió el tiempo de la ordenación y el momento de la gracia. La ternura de su familia, la multitud de los negocios, comenzaron a alejarle de la oración, y su vocación ya no fue desde entonces mas que vacilante. Si embargo se ocupó todavía con ardor de nuestros asuntos. El Cardenal Spina estaba en París en calidad de nuncio para tratar con el cónsul los asuntos de la religión. Le hizo llegar una súplica que nuestro Reverendo Padre le había encargado. El cardenal se mostró encantado con ella y la envió enseguida a Roma.

[66] La educación de la juventud entraba en los proyectos de nuestros Superiores, pero aún no habían intentado su ejecución. En los primeros días de diciembre decidieron comenzar el ensayo de esta buena obra tomando a una pobre niña para educarla. Poco después se recibió a otra y pronto el número fue aumentando más que proporcionalmente en relación con nuestras facultades. Pero la confianza en Dios no dejaba paso a las inquietudes. Sin ella, la sola dificultad de alojarlas la hubiera parado. Estábamos sin acomodo de tal manera que apenas teníamos espacio para pasar con dificultad por la distancia que separa nuestros lechos unos de otros. Todos los lugares regulares ofrecían el mismo inconveniente. Habíamos comprobado muy claramente que bajo superiores celosos el coraje suplía los medios, y que el espíritu de mortificación hace posible y agradable lo que parece imposible a la naturaleza. Es verdad que habíamos habitado más de veinte en un espacio que parecería demasiado estrecho para muchos menos.

[67] Por necesidad, una Superiora debe de tener un lugar separado en el que pueda ocuparse de los diferentes asuntos ligados a su estado. Nuestra Reverenda Madre no se había reservado más que una muy pequeña habitación que a menudo convertía en enfermería recibiendo en ella a las enfermas que no podían estar en otro lugar. Allí era donde, sin tener más que una silla por lecho, hacía algunas veces su reposo al lado de ellas después de haber pasado la mayor parte de la noche al lado del Santo Sacramento. Ordinariamente hacía la adoración desde las once de la noche hasta las dos de la mañana para evitar así la fatiga a las hermanas, que de entre nosotras, estaban señaladas para eso, y cuyo número era entonces poco considerable. Recogía en sus solitarias comunicaciones con Dios los conocimientos que le servían para conducirse y para conducir a las demás.

He señalado en el curso de estas memorias que Dios celoso de formar Él mismo a esta alma, no había permitido que tuviera la menor facilidad para abrirse a su confesor sobre las gracias con que la enriquecía. Ella misma no pensaba más en ello cuando el momento se había pasado. Había tomado esta actitud para evitar la ilusión. Además no leía nada y evitaba con cuidado los libros que trataban de

---

<sup>29</sup> La primera carta conservada escrita por el Hermano Bernardo desde París al Buen Padre está fechada el 14 de diciembre 1800

altas vías de la oración. Todo lo subordinaba a la ruta siempre segura de la obediencia. Los años se fueron pasando así desde su conversión. Los primeros conocimientos que Dios la había dado, fue sobre los misterios de la religión. A veces también la hizo penetrar en lo que sucedía en el interior de las conciencias, y algunos acontecimientos que iban a suceder, cuando ello había de tener relación con los intereses de nuestro Instituto. Nuestro Reverendo Padre se daba mucha cuenta de que esta alma no era ordinaria, pero no podía penetrar en su fondo. Por otro lado él no era un crédulo, y temía la ilusión más de cuanto se pueda expresar. Quizás fue a causa de eso por lo que Dios quiso que el don de la profecía fuera la primera de las gracias que ella se vio forzada a admitir que percibía. Se preparaba un movimiento en Francia que podía tener consecuencias desagradables para la tranquilidad pública. Nuestro Señor se lo hizo conocer todo lo subordinaba o conocer y quiso que se pusiera en oración con toda su casa. Poco después tuvo otro conocimiento que le fue imposible ocultar a nuestro Reverendo Padre. El acontecimiento verificó lo que ella había predicho. Se conoció claramente que en ello no hubo alguien, más que Dios solo, que la hubiera podido enseñar sobrenaturalmente lo que no había ningún otro medio para descubrirlo. De este modo los espíritus se encontraron dispuestos a las grandes gracias que Dios había resuelto extender sobre nosotras en esta época y de las que quiso que ella fuera el canal.

[68] Antes de decir otra cosa, para el esclarecimiento de mi narración, debo colocar aquí algunas observaciones: Nuestra Reverenda Madre tenía la cabeza fría, el juicio sano y justo, una imaginación rápida que le hacía fácil la comprensión de las cosas abstractas, pero que estaba desligada de ese tumulto de ideas, de ese gusto por lo maravilloso que se reprocha ordinariamente a las mujeres. Tenía una larga costumbre de sufrir sin buscar ni encontrar consolación en las criaturas. Su invencible oposición a descubrir los secretos de su alma con Dios la había proporcionado penas extremas en este particular. En esta disposición que acabo de describir es en la que la gracia la encontró, cuando le fue ordenado que manifestara los efectos de la misericordia de Dios sobre nuestro Instituto.

[69] Jamás vio nada con los ojos del cuerpo. Todo acontecía en la parte superior de su alma sin el intermedio de los sentidos. Dios se comunicaba a ella de un modo muy simple: nada se notaba en su persona, solamente permanecía sin movimiento en la posición en que se encontraba, sea de rodillas, de pie o sentada, estando suspendidas todas las facultades de su alma y de su cuerpo. Veía en el seno mismo de la divinidad los secretos del cielo y de la tierra, todo cuanto en fin le placía descubrirle.

[70] Al comienzo del Adviento del año 1800 pidió a nuestro Reverendo Padre permiso para alargar sus vigiliias de la noche y prolongarlas más de lo ordinario. Consintió en ello, pero solamente para un cierto número de días, queriendo ensayar hasta dónde llegaban los designios de Dios sobre esta alma y evitar al mismo tiempo hacerla salir demasiado del orden común y de una razonable moderación. Una de las noches que se le había permitido pasar así al pie del Santo Sacramento, vio a la Santa Virgen que se convertía en nuestra protectora



particular ante su Hijo, que le rogaba por nosotros, que declaraba escogernos por sus hijos queridos y encargarse en fin del cuidado de nuestros asuntos. Esta visión fue seguida de muchas otras en la misma noche y los días y las noches siguientes. No le fue posible a Nuestra Reverenda Madre disimular sin una resistencia grave a la voluntad de Dios que la ordenaba dar a conocer lo que ella descubría no solamente para ella sola. He aquí cómo se explica ella misma sobre este problema en sus relaciones escritas de su mano a nuestro Reverendo Padre: *"Vos no podéis haceros idea de los sacrificios que me habéis obligado a hacer. Nuestro Señor está de acuerdo en que es mayor que el de mi vida... No es solamente la Santa Virgen quien quiere nuestra Orden, sino que parece que se ha convertido en una necesidad para el Corazón de Dios, así es de grande su misericordia con nosotros. Me es imposible explicarme, porque no os digo nada en comparación de lo que he sabido o sentido en esta cuestión"*. Efectivamente, jamás consiguió vencer su repugnancia y su vida se convirtió en un doloroso martirio, por los esfuerzos que nuestra Reverenda Madre tuvo que hacer para conformarse a las órdenes de Dios y de nuestro Reverendo Padre, que exigía de ella una franqueza sin límites desde que hubo penetrado su secreto.

[71] Continuó sin embargo descubriendo lo que debíamos hacer. En primer lugar vio que nuestra Orden debía imitar las cuatro edades de la vida de Nuestro Señor: su infancia, su vida oculta (= privée), su vida apostólica y su vida crucificada. Es a lo que tienden los niños que educamos, nuestros donados cuya regla no se sale de los límites de una vida común y ordinaria, nuestros misioneros, y por fin los religiosos que se consagran a la penitencia y el silencio. Recibió de la Santa Virgen hasta el título de nuestra Orden: Celadores y Celadoras el Amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, adoradores perpetuos del Corazón de Jesús en el Santo Sacramento del altar, etc. Vio que nosotros no habíamos sido nombrados simplemente *adoradores*, a causa de que no se adora al Corazón de María; que San José debía ser nuestro Patrono y el guardián de la Orden, como lo había sido de la Santa Familia; que los Corazones de Jesús y de María debían de estar colocados sobre las medallas de nuestros escapularios, así como lo están. Dios la hizo conocer la razón de ello, como la diferencia que hay entre los 3 Corazones de Jesús, de María y de José. Ella lo manifestó en estos términos a nuestro Reverendo Padre:

[72] *"En el instante en que Nuestro Señor fue concebido en el seno de la Santa Virgen, le dio su Corazón que está colocado como el vuestro esta bordado (sobre vuestro escapulario). El de la Santa Virgen es el primero, porque ella existía. Mientras que Nuestro Señor no existía humanamente. Esta es la razón por la que es necesario en nuestra Orden que se establezca la casa de las mujeres, para que la de los hombres pueda comenzar. Por tanto no habrá establecimiento del uno sin el del otro... Hay una gran diferencia entre estos tres bellos Corazones (Jesús, María y José). Hay más distancia en la pureza del de San José al de María, que del de María al de Jesús. El del Santo había sido manchado, le quedaba siempre la tendencia al mal. Por otro lado, no tenía como el de María todas las virtudes infusas. El Corazón de María tenía, como el de Jesús, la tendencia perpetua al bien. El Corazón de San José fue purificado, el Corazón de María fue divinizado, el de Jesús fue humanizado. Lo que prueba*

*la gran diferencia de estos tres Corazones es el fin de sus vidas: uno murió, es la pena irrevocable del pecado; María fue elevada al cielo; nuestro modelo, quiso morir, pero ha resucitado"*<sup>30</sup>

[73] Nuestra Reverenda Madre supo también que los misioneros debían tener el primer rango en la Orden, porque la vida apostólica de Jesucristo que deben imitar, encierra el complemento de perfecciones de las otras edades de su vida. Por eso el Superior general, desde el momento en que es elegido, debe colocarse en la clase de los misioneros. Nuestro Señor la prometió además que seríamos aprobados por el Papa, que la Santa Virgen le movería a hacerlo. Ella le objetó que nosotros éramos apenas nada, y que un establecimiento mucho más poderoso, que había de rivalizar con nosotros, tenía como protector a Mons. el obispo de San Malo<sup>31</sup>. Entonces Nuestro Señor la respondió: *"La protección de mi Madre vale mucho más que la del obispo de San Malo"*... Además vio que una de las razones que harían que fuéramos establecidos como Orden, era el haber comenzado el ayuno en Adviento, como lo he narrado en el curso de estas memorias; que esta práctica entraba en el espíritu de la Iglesia y rechazaba las tentaciones. El atento lector que haya de reflexionar sobre estos pequeños detalles que recuerdo aquí adrede, podrá descubrir en ellos algunos anillos de esta cadena de gracia y de misericordia que desde hace algunos años existía para nosotros sin darnos cuenta, y de la que no podrá conocerse en toda su extensión mas que penetrando bien profundamente en el Corazón de Dios donde está amarrada.

[74] No se necesitaba tanto para que el corazón de nuestro Reverendo Padre no dudase más en hacer todos los sacrificios que debían cumplir en su persona los designios que Dios le había manifestado más de diez años antes de la época de que estoy hablando No podía dudar de la verdad de las revelaciones. Cada día le proporcionaba nuevas pruebas. El porvenir no era ya más, un libro cerrado para nuestra Reverenda Madre. Veía en él habitualmente los acontecimientos que ningún otro poder que el de Dios podía descubrir. Toda su vida nuestro Reverendo Padre había estado movido por la necesidad de ser el hijo de la Virgen Santa. Había recibido grandes gracias por su intercesión, sus sermones habían resonado con sus elogios, había compuesto en su honor una muy devota oración que rezaba públicamente todos los días antes de comenzar la Santa Misa, en fin su corazón estaba por ella desde su infancia. No le faltaba más que hacer el último sacrificio por el que se entregara sin retorno a su servicio y consintiese en ser el padre del nuevo pueblo que Dios se escogía.

[75] La posición en que se encontraba entonces Francia y sobretodo el estado de turbación y de persecución en que se encontraba el clero, le forzó primero a obrar con mucha precaución y a no proclamar nada públicamente. Por eso, solo en voz baja, aunque en presencia de mucha gente, fue como pronunció la vigilia de Navidad 1800 en nuestra capilla los siguientes votos: *"Yo, hermano José María, hago voto de castidad, pobreza y obediencia según las luces del Espíritu*

---

<sup>30</sup> La Iglesia no ha aprobado la devoción al Corazón de San José, ver el decreto de la S.C.del Index del 19 febrero 1879.

<sup>31</sup> Mons. Cortois de Pressigny, el protector de las Sociedades del P. Pièrre-Marie de Clorivière

*Santo, para el bien de la obra como Celador del Amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María a cuyo servicio quiero vivir y morir*". Y a continuación subió la altar para celebrar la Misa de medianoche. La Virgen Santa le había designado estos dos nombres. Su alma se llenó desde ese momento de una dulce alegría de la que siempre le vuelve el recuerdo con una nueva consolación. Nuestra Reverenda Madre hizo el mismo día los tres votos de religión como Superiora general de la Orden. Había hecho ya los dos primeros, pero la Virgen Santa le declaró que el tercero era necesario para formar el complemento de la perfección del estado religioso. Nuestro Reverendo Padre bendijo a continuación el manteo blanco que los Celadores llevan como señal de entrega a María. Había sido confeccionado según el modelo que ella misma había mostrado a nuestra Reverenda Madre. Se comenzó desde entonces a revestirlo públicamente.

Las gracias del cielo continuaron expandiéndose con una abundancia inexplicable sobre nuestros celosos Superiores. La Virgen Santa dictó a nuestra Reverenda Madre todos los puntos de nuestra regla. La conducía y la dirigía en todas sus gestiones con los tiernos cuidados que una madre emplea con su hija. Si le venía alguna duda, un instante de oración le era suficiente para aprender en ella lo que había que hacer, y como al mismo tiempo ella la descubría el porvenir, estas revelaciones estaban siempre apoyadas por sus pruebas. He aquí cómo nuestra Reverenda Madre se explica a nuestro Reverendo Padre en un escrito que tengo ahora entre las manos. Durante la *Salve Regina* era cuando la Virgen Santa se le aparecía más ordinariamente: *"He vuelto a ver nuestra fiesta: siempre durante la noche pero no sé a qué hora (este subrayado figura en el billete original, pero no en Annales. N.T.) El Espíritu Santo descenderá sobre nosotros. Los Santos gozan con la esperanza de ver aumentar su número. Los ángeles están alrededor de la Virgen santa como en la Salve. En fin nuestro Señor parece abrirnos su Corazón y decir: venid todos a mí; o: vosotros sois todos míos"*.<sup>33</sup>

[76] Estábamos en la parte baja de la montaña e ignorábamos el cuidado que Dios se tomaba en manifestar su ley a nuestros conductores. Habían pensado con razón que era prudente mantener estas cosas secretas. Sin embargo nos era fácil percibir que estaban sucediendo grandes acontecimientos en nuestro favor. El P. Hilarión era entonces el único hijo del reverendo Padre José María. El hermano Bernardo seguía en París, y los hermanos Pablo y Simeón no eran más que novicios. La Providencia tuvo el cuidado de aumentar este pequeño número y lo hizo de una manera que la Orden necesitará mucho tiempo para agradecerla.

[77] Pocos días después de Navidad, un sacerdote católico vino a pedir una noche de hospitalidad en nuestra casa. Habló al Padre José María de un joven que se destinaba al sacerdocio y con el que anteriormente había hecho sus estudios Este joven<sup>34</sup> habitaba a algunas leguas de aquí. Nuestro Reverendo

---

<sup>33</sup> Circular del Buen Padre, el 14 abril 1817.

<sup>34</sup> Pedro David, nacido el 13 abril 1771 en Montsoreau (Maine-et-Loire), amigo fiel y consejero sabio de Sor Gabriel, desde que se quedaron los dos en 1802 como superiores de las comunidades de Poitiers

Padre supo por la Virgen Santa que convendría a nuestra Orden. Envió a buscarle proponiéndole solamente facilitarle los medios de llegar cerca del obispo que debía ordenarle. Aceptó sin dudar y aprovechó así la primera gracia que se le ofrecía. La acogida afable que recibió de nuestro reverendo Padre y los primeros conocimientos que tuvo de nuestro Instituto le inspiraron confianza e interés. Se le preguntó si quería probar. Consintió en ello y pronunció sus primeras resoluciones, pero enseguida abriendo siempre más su corazón a la gracia que le empujaba con fuerza, ya no tuvo otros deseos que los de consumir su sacrificio haciendo sus votos. Nuestro Reverendo Padre no tuvo necesidad de examinar por mucho tiempo a una persona en quien las virtudes propias de la vida religiosa parecían nacer y desarrollarse con una rapidez, como quizás no se encontrarán en otros ejemplos. Era por sus sentimientos lo que ha continuado siendo posteriormente, el más celoso cooperador de sus trabajos, el más tierno y el más sumiso de sus hijos, el más fiel de sus amigos. Se decidió que hiciera sus votos con el P. Hilarión el dos de febrero, día de la Purificación de la Virgen Santa, que las Celadoras añadirían a los suyos el de pobreza, que nuestro Reverendo Padre y nuestra Reverenda Madre renovarían los que habían hecho el día de Navidad y que todos en fin haríamos la ceremonia religiosa como se practicaba en los antiguos monasterios.

[78] La alegría fue general en nuestro feliz retiro. Contábamos impacientes los días que debían pasar hasta el que debíamos consagrarnos a Dios sin retorno. La mayor parte ignoraba todavía las gracias con que Dios favorecía a nuestros Superiores, pero nosotras teníamos bastante experiencia propia y ejemplos de virtud que nos proporcionaba su ordinaria conducta de cada día, para mirar como el más bello de nuestra vida el que para siempre nos colocaría bajo el yugo del Señor. Ya lo llevábamos es verdad, desde hacía mucho tiempo, pero sabíamos qué diferencia iban a introducir los votos entre nuestro destino pasado y el que ya percibíamos.

[79] Nada obstaculizó nuestros proyectos. El 2 de febrero de 1801, el Padre José María reunió a toda la casa, novicios, donados, etc. Revestido de su alba hizo, con un cirio en la mano, un emocionante acto de expiación por todas las faltas de su vida; expresó con energía el ardiente afecto con que ponía el sello a sus compromisos. Después, habiendo renovado sus votos se prosternó. Se le cubrió con el paño mortuario recitando las oraciones usuales. Cuando se acabaron, se levantó y recibió los votos del Sr. David, el joven de quien acabo de hablar y los del hermano Hilarión. El Sr. David tomó el nombre de Bruno que después cambió por el de Isidoro. Uno y otro se pusieron, como el Padre José María, bajo el paño mortuario. Nuestra Reverenda Madre hizo, del mismo modo que nuestro Reverendo Padre, su profesión y la renovación de sus votos bajo el nombre de Enriqueta, que le ha sido imposible de cambiar, no habiéndoselo permitido el Señor. A continuación recibió nuestros votos. Éramos, como ya lo he dicho, en número de cuatro: Sor Magdalena, Sor Teresa, Sor Gabriel y Sor Gertrudis. Nos prosternamos todas juntas bajo el paño mortuario y la ceremonia se terminó con la renovación de las resoluciones de los novicios. Nuestras hermanas donadas que habían conservado el vestido seglar, tomaron también el mismo día el pardo que llevan hoy día. El cielo no desdeñó tomar parte en esta ceremonia. La

reverenda Madre Enriqueta que, mientras duraba, había estado sumergida en una profunda contemplación, rindió cuenta en estos términos al Padre José María de lo que Dios la había mostrado:

[80] “En el instante en que entramos en la Iglesia, la Virgen Santa se puso en oración. Cuando la ceremonia comenzó, toda la corte celestial cesó en toda ocupación para mirar lo que pasaba en nuestra capilla, como si fuera algo de una gran admiración y de un gran interés para los habitantes del cielo. En el momento de vuestra plegaria todos los Ángeles y los Santos rezaron por vos, principalmente los fundadores de una Orden, en particular San Benito, San Bernardo y San Isidoro. Fue en el instante del De profundis cuando el Espíritu Santo descendió sobre vos, pero para vos solo, y al final Nuestro Señor os dio la bendición. Los Santos continuaban pidiendo por vos. En el instante del De profundis de los hermanos, el Espíritu Santo también descendió sobre ellos, pero no obtuvieron todos sus dones. Cada uno recibió algunas gracias, particularmente del lado izquierdo donde yo estaba, tan fuerte que me desperté para mirar. Estaba demasiado conmovida después como para saber nada”  
MEMORIAS BARRE 2 (Numeración de pgs. alta)

[81] San Isidoro tenía un establecimiento para los viajeros, peregrinos etc. Su protección nos fue concedida como un favor por la hospitalidad que se había dado en nuestra casa a un gran número de desgraciados, y fue como consecuencia de su aparición el día de nuestros votos, por lo que el hermano Bruno dejó este nombre para tomar el suyo.

[82] La Virgen Santa mostró a nuestra Reverenda Madre un pequeño libro donde ella había escrito todos nuestros nombres. Volvía a ver a menudo este libro, particularmente cuando tenía algunas inquietudes sobre nuestros asuntos, y en cada nueva profesión el nombre del profeso se encontraba inscrito en él. Ella lo explica así todo esto: *“He visto de nuevo el pequeño libro de los votos... He vuelto a ver el pequeño libro para mi consuelo. Me dice que seremos los únicos que sean aprobados, que María es y será siempre nuestra protectora, nuestro apoyo, que hasta tendremos siempre parte en los afectos de su Corazón, que es necesario nuestro recurso a ella, cuando Dios se retire, en nuestras penas, en nuestras desolaciones y nuestras infidelidades Rezará por nosotros, si la invocamos en lugar de desolarnos... Es en el cielo donde está la Virgen Santa, cuando ruega por nosotros. El pequeño libro también está allí. Es, yo creo, para hacernos ver que no nos sucederá nada, por lo que me lo ha mostrado, porque Nuestro Señor me ha recordado que había echado una mirada de misericordia sobre nosotros... que su Madre quería nuestro estado, que inmediatamente se ha convertido en el suyo... Durante la Salve Dios nos ha abierto su Corazón. Había dicho: Venid, hijos míos; venid, amigos míos; venid a sumergiros de amor y de dolor. La Virgen Santa no rezaba como de ordinario, estaba alegre y parecía mostrarnos a su Hijo. Los ángeles se afanaban en torno a ella”.*

[83] Mientras estábamos ocupados en prepararnos para nuestros votos y gozarnos de la felicidad de haberlos hecho, el hermano Bernardo estaba en París en una situación bien diferente. Por una falta de precaución le habían arrestado y

conducido a prisión. En el preciso momento en que le sucedía este acontecimiento, nuestra Reverenda Madre tuvo conocimiento de ello. Previno al Reverendo Padre y a varias otras personas de la casa. Nos pusimos en oración, y pocos días después supimos por vía ordinaria todo lo que había pasado. Fue una prueba invencible de la confianza que se debía tener en las predicciones de la Madre Enriqueta. El Padre José María no dejó en modo alguno que el hermano Bernardo ignorara una parte de lo que el cielo hacía por él y por nosotros. Salió de la prisión y se preparó a volver, pero había perdido una parte de la fe simple y del celo correoso que le eran necesarios para aprovecharse de estas gracias.

[84] Otra pena vino pronto a continuación de la inquietud que había causado su detención. Ya he dicho que habíamos conservado con la Sociedad de hermanas externas y del consejo de los sacerdotes las mismas relaciones que en el pasado, a excepción de la independencia a la que nos habíamos retirado. El descontento y las pretensiones de esta Sociedad no hacían mas que aumentar. Se comenzó a no disimular y a dudar fuertemente de que el P. José María quisiera formar una casa religiosa. El manteo que él llevaba públicamente autorizaba a creer que tenía compromisos particulares. Por otra parte no se defendía de ello, aunque la prudencia le impedía consentir en ello positivamente. El sacerdote Morat, molesto en su posición, queriendo sostener a la Señorita Geoffroy y no queriendo mostrarse contra nosotros, renunció a su cargo de Superior. Fue remplazado por el Sr. Pruel<sup>35</sup>, párroco de esta ciudad...

Previendo nuestros Superiores que un estallido se veía casi inevitable, pusieron en conocimiento del consejo de sacerdotes las aprobaciones que nos habían sido acordadas por la autoridad eclesiástica que gobernaba la diócesis. Nuestra Reverenda Madre propuso hacer acomodaciones para conservar la unión de su comunidad con la Sociedad externa, pero las pretensiones de esta eran intolerables. El consejo de sacerdotes propuso las condiciones siguientes: consentía que fuéramos gobernadas por el Padre José María y la Madre Enriqueta (no podía impedirlo), pero exigía que no tuviesen parte alguna en el gobierno de la Sociedad que tendría una Superiora independiente; que también los despachos serían independientes de nuestros Superiores; que sin embargo estarían en nuestra casa así como las asambleas; que continuarían teniendo parte en nuestras oraciones y particularmente en la adoración perpetua. De lo que se seguía que ellas conservaban todas las ventajas de la Asociación y no nos dejaban mas que los inconvenientes, que recaen siempre sobre una comunidad por tener relaciones con una sociedad exterior independiente de ella. Nuestra Reverenda Madre sintió esos inconvenientes y declaró positivamente que no consentiría en ello. Propone moderaciones. La Srta. Geffroy fue designada como Superiora. Rehusó alegando sus ocupaciones y sus deberes de familia, que la impedían encargarse de este empleo. La Reverenda Madre Enriqueta escribió al Sr. Pruel y le anunció que se quería llegar a una separación. Sin embargo se convocó una asamblea. Los espíritus estaban agriados. El consejo de sacerdotes se reunió. Discuten la separación, hay dudas, se somete a votación. El Padre

---

<sup>35</sup> Sr. abbé Pruel (1760-1844), párroco de Sta Radegunda.

José María opina en contra. El sacerdote Beauregard propone que se envíe todo a los Superiores de la diócesis. Se rehúsa, él insiste y declara que permanece absolutamente neutral. El sacerdote Morat se pone de su parte, pero inútilmente: se pronuncia la división. El consejo desciende a la sala en que están reunidas todas las hermanas. Se manifiesta a la Madre Enriqueta si quiere cambiar de parecer, hay aún tiempo para ello. Responde que lo que ella pide cree ser la voluntad de Dios. Una voz se levanta y convierte esta repuesta en una broma. Se nos reprocha el haber recibido candidatas en la casa sin el consentimiento de las hermanas... Se levantan y la asamblea se disuelve, persuadidas de que las arrojamos de casa. Se va a la capilla y después de la bendición cada una sale sin otra explicación. El Sr. Pruel se inventa un pretexto para permanecer el último. Él se reprocha el mal genio que había tenido en este asunto; presentó sus excusas a nuestra Reverenda Madre.

Así fue cómo el 10 de febrero se realizó esta separación, después de la cual la Srta. Geoffroy y el consejo de sacerdotes, reuniendo a todas las hermanas de su partido, formaron una asociación tal como la querían. La Srta. Geoffroy fue su Superiora. El más pequeño número nos permaneció fiel y conservó con nosotras la unión que subsiste todavía bajo las condiciones razonables que se habían propuesto a las otras. Nuestra Reverenda Madre explicó todo este asunto al Superior de la diócesis y le pidió para el pequeño grupo que nos había quedado, los mismos privilegios de los que se gozaba antes de la separación. Esto fue concedido. Escribió enseguida una carta circular a todas las Hermanas para explicarles una vez más sus motivos y sus intenciones y declarar a todas las que formaron la escisión, que toda unión de oraciones y asociación cualquiera cesaba entre ellas y nosotras, que en ello se atenderían solamente a los lazos de la caridad general que debe unir a todos los cristianos. Ya se verá a continuación que esta última precaución no era inútil.

[85] He dicho que uno de los sacerdotes había permanecido imparcial en este asunto. Se mantuvo así un poco de tiempo. El sacerdote Perrin no se encontraba aquí en aquellos momentos, llegó algunos días después. Enterado de lo que había pasado, se puso de nuestra parte y hasta quiso estar presente en la primera reunión que hiciéramos las Hermanas que se nos habían mantenido fieles. Hago observar que en general todos los sacerdotes del consejo sintieron enseguida la poca consideración que habían tenido hacia nuestra Reverenda Madre; reprochándose ante Dios, no se encontró entre ellos alguien que quisiera dar la bendición con el Santísimo la tarde de la separación. El Superior particularmente se abstuvo de ello temiendo obrar mal.

El Padre José María estuvo muy afligido. Sin embargo sus asuntos marcharon mejor. Se encontró más libre para formar su pequeña comunidad. El temor que se tenía de las autoridades civiles le impedía aún reunir en la misma casa a todos sus discípulos. No venían a su lado más que a ciertas horas para los oficios, los estudios. En fin cada uno hacía lo que podía por acercarse lo más posible, según se los permitían las circunstancias, a la perfección del estado que se había abrazado o al que se destinaban.

[86] El Padre José María se encargó de dos pequeños niños, sus sobrinos<sup>36</sup>, que mostraban grandes disposiciones para la virtud y comenzó así el ejercicio de uno de los destinos de nuestro Instituto. Sus discípulos y él asumieron también cuanto pudieron prácticas de penitencia y en cuanto a lo que toca a los misioneros, ya hacía mucho tiempo que el Reverendo Padre José María ejercía en ello las más penosas funciones.

[87] El Padre Isidoro, la cuaresma siguiente, partió al encuentro de Mons. el arzobispo de la Vienne que debía darle las santas órdenes. Este camino penoso que hizo a pie, no le asustó ni afligió más que porque le separaba algún tiempo de su Superior y de sus hermanos. Su marcha dejó un gran vacío entre ellos. Sin embargo poco después el Hermano Bernardo llegó de París<sup>37</sup>. La estancia que acababa de hacer en aquella ciudad al lado de su familia, había cambiado sus disposiciones. Ya no quería ser sacerdote. Varios puntos de nuestra regla parecieron no convenirle. Faltó a la dimisión de espíritu, que haciéndole encontrar bueno lo que se había hecho en su ausencia, habría fijado sus incertidumbres, y le habría merecido la gracia de sentir todo el valor de su primera vocación. A pesar de todo, sus intenciones eran buenas: cayó en la trampa sin darse cuenta. Hizo profesión y pronunció sus votos, pero solamente por un año<sup>38</sup>. También comenzó pronto a darse cuenta de que no los renovarían. El Padre Isidoro se dio prisa en volver, revestido del carácter sagrado que había añadido aún a sus virtudes una abundancia de gracia. Mons. d'Aviau, arzobispo de la Vienne, le ordenó como religioso<sup>39</sup>. Instruido por él sobre la forma de nuestro Instituto y de las gracias extraordinarias con que Dios le favorecía, le encargó que nos asegurara su interés y su benevolencia. La aprobación de un prelado, de un mérito tan distinguido y también generalmente reconocido, nos resarcía de las murmuraciones que se permitían contra nosotros no solo los mundanos, sino muchas gentes de bien, enemigos de todo cuanto les parecía austero y de una alta reforma. El Padre Isidoro se había privado de poder celebrar la Santa Misa durante su viaje con el fin de poder celebrarla por primera vez en medio de sus hermanos. Tuvo y les dio esta consolación al día siguiente de su llegada.

[88] El sacerdote de Beauregard que, como he dicho más arriba, había sido el único del consejo de los sacerdotes de la Sociedad separada que permaneció neutro, se sentía desde hace tiempo presionado por la gracia para acercarse a nuestro Instituto. Todo debía naturalmente darle miedo: era de edad<sup>41</sup>; víctima de la revolución venía de la Guayana, su último exilio, donde había sufrido hasta el límite por causa de Jesucristo. Sin embargo Dios quería de él un nuevo sacrificio. Tuvo el coraje de ensayar y pronunció sus resoluciones como novicio en manos del Padre José María. Fue hermoso ver a un confesor de la fe, un

---

<sup>36</sup> Atanasio y Agustín, hijos de su hermano Carlos de Coussay-les-Bois.

<sup>37</sup> La última carta escrita por el Hermano Bernardo de París al Buen Padre es del 21 de febrero 1801

<sup>38</sup> El Acta de su profesión está fechada el 29 de marzo 1801.

<sup>39</sup> El 25 de marzo el P. Isidoro recibió las órdenes menores y el subdiaconado "sub título paupertatis", el 29 de marzo 1801 el diaconado, y el 4 de abril el sacerdocio.

<sup>41</sup> Volvió a París el 21 enero 1801



eclesiástico distinguido por su mérito y sus empleos en la Iglesia, despojarse de ellos y olvidar sus trabajos para convertirse en el último en la casa del Señor, y disponerse por fin a abrazar el estado monástico que no le ofrecía otras esperanzas que las del olvido y del sufrimiento. Tomó el nombre de hermano Policarpo.<sup>42</sup>

[89] Después de habernos llenado tan abundantemente de gracias y de misericordia, el Señor quiso probar nuestra fe y hacernos gustar la amargura de su cáliz. Dos de nuestras hermanas estaban gravemente enfermas desde hacía tiempo. Nuestra Reverenda Madre había tenido revelación de su muerte próxima. Había visto también la de la Sra. Aymer, su madre, que gozaba sin embargo de una brillante salud. Los acontecimientos verificaron una a una sus predicciones. El 23 de abril de este año 1801, perdimos a Sor Teresa. Tenía alrededor de 36 años. La había siempre distinguido una tierna y constante entrega por nuestro Instituto, una devoción dulce y sensible, un gran atractivo por la adoración perpetua del Santo Sacramento le había hecho encontrar la felicidad en medio de las austeridades de la penitencia. Había pasado su juventud en medio del mundo, y el Señor siempre rico en misericordia, no la castigó por ello más que haciéndola gustar qué fácil de llevar era su yugo. Murió de un absceso que se había fijado sobre su pecho. Su enfermedad fue larga y dolorosa. La soportó con una paciencia edificante. En sus últimos instantes se la colocó en un sillón; allí esperaba, en paz y conservando su conocimiento, que el Señor rompiera sus lazos. Nuestra Reverenda Madre recibió su último suspiro y algunos días después Nuestro Señor la hizo verla en el cielo gozando de la gloria de los Santos. Añadiré para consolación e instrucción de los Celadores que hayan de leer estas memorias, que Dios la reveló igualmente que el día en que Sor Teresa hizo la profesión, la pena debida a todos sus pecados le había sido remitida, que no había sido detenida en el purgatorio mas que algunos días, por faltas cometidas posteriormente contra la regla, particularmente por haber pedido permiso de disponer antes de su muerte de ciertos pequeños efectos de su uso personal que no tenían ningún valor, pero había faltado en eso a la perfección del voto de pobreza, y empañado la pureza de desprendimiento que Dios exige a sus esposas.

[90] Al día siguiente de su muerte y mientras nos ocupábamos en sus funerales, se le trastornó la cabeza a una novicia que teníamos después de pocas semanas y de la que estábamos perfectamente contentas. Este acontecimiento nos causó una gran turbación. Era necesario mantenerlo en secreto por no dañar a esta joven ni a su familia; teníamos la esperanza de que pudiera curarse Por otro lado la manera como se había comportado con nosotros mientras ella estaba en razón, le había hecho ganar nuestro interés y nuestro afecto. Sin embargo la casa era demasiado pequeña y no teníamos una habitación para encerrarla. Fue necesario conservarla con nosotras. Se acostaba en nuestro dormitorio donde se tocaban los lechos. Sus extravagancias no nos dejaban reposar; a veces nos golpeaba. Esto duró bastante tiempo. Su familia llegó a enterarse y nos culpó a gritos diciendo que éramos nosotras las que la habíamos causado este mal.

---

<sup>42</sup> Mons. J. Brumauld de Beauregard, futuro obispo de Orléans.

Descubrimos que había ya tenido algunos ataques antes de venir con nosotras. Esto decidió a nuestros Superiores a enviarla con su familia y les hizo perder la esperanza de su curación. Tuvimos siempre el favor de haber ejercido una de las más penosas obras de caridad que haya.

[91] Hacía apenas dos días que habíamos perdido a Sor Teresa, cuando la Sra. Aymer cayó enferma de un violento mal de garganta. Nuestra Reverenda Madre se acordó de que Dios le había revelado su muerte varias semanas antes. Efectivamente esta respetable señora murió el 30 de abril en su sillón entre los brazos de su hija con su pleno conocimiento y una perfecta resignación a la voluntad de Dios. Su alma se encontraba en una paz profunda: acababa de hacer su confesión a nuestro Reverendo Padre en quien tenía una confianza particular y a quien amaba como su hijo. Era de la Asociación de hermanas externas, y debe contarse entre el número de benefactores de nuestra casa por los servicios que nos había hecho en todas las ocasiones, el afecto que nos ha conservado siempre, a pesar de que no se hubiera consolado jamás de estar separada de nuestra Reverenda Madre, su hija. Todos los días venía a nuestra capilla para hacer la hora de adoración que se le había marcado desde las 9 a las 10. Nuestro Señor había dicho a nuestra Reverenda Madre mucho antes de su muerte que su fidelidad a esta práctica la merecería el cielo, lo mismo que la atracción que sentía por la Comunión, que es una señal de predestinación. De este modo tuvo, muy poco tiempo después, la consolación de verla reunida a la corte celestial y liberada de las penas del purgatorio.

[92] La muerte nos cercaba y no había terminado sus estragos. Nuestra Sor Magdalena siguió muy de ceca a la Sra. Aymer. Había sido la amiga y compañera de la Srta. Geoffroy y de Srta. Bert. Sin embargo permaneció constantemente ligada a nuestra Orden y sin perder el primer atractivo que tenía por aquellas señoritas que la solicitaron unirse a ellas, cuando nos dejaron; pero fue inútilmente. Esta buena hermana tenía poco espíritu, lo mismo que pocos medios. Una sólida devoción fue el contrapeso de cuanto la faltaba por el otro lado. Conoció que Dios bendecía a nuestro Instituto, y quería que fuera miembro de él. Esto fue suficiente para hacerla romper escrupulosamente toda ligazón con el partido de la Srta. Geoffroy. Esta fidelidad le mereció la gracia de hacer los votos. Sintió profundamente su consuelo. Conservó, como las otras, su conocimiento y murió del mismo modo apacible en un sillón: la enfermedad la causaba ahogos, no podía soportar el lecho. Fue una especie de hidropesía de pecho. Hacía mucho tiempo que estaba muy enferma, aunque solo tenía 45 años. Pocos días antes de su muerte, uno de sus hermanos penetró con violencia hasta la enfermería. Viéndola allí acostada sobre un simple jergón, como es nuestra costumbre, y toda revestida con sus gruesos hábitos de lana, se puso a gritar como un bárbaro, como un homicida; la amenazó y nos amenazó de servirse de la autoridad del gobierno para obligarla a que fuera conducida a su casa, si ella no consentía de buena voluntad en dejarse llevar. Ella le contestó con dulzura y sangre fría que no saldría más que muerta de un refugio en el que había encontrado la felicidad y todos los alivios necesarios a su estado. Ese hombre viéndonos decididas a correr todos los riesgos antes que separarnos de nuestra buena hermana, que nos testimoniaba el más ardiente deseo de terminar

sus días en la penitencia y las prácticas de la regla, salió más asustado que conmovido por el espectáculo edificante que acababa de ver. Dios permitió que este pequeño acontecimiento que podía levantar al gobierno contra nosotras, comenzando a perseguirnos gravemente, no tuviera ningún efecto. Así fue cómo nuestra existencia religiosa, en una revolución que había destruido todas las comunidades y que no quería ver ninguna restablecida, se convertía en un milagro diario.

[93] El cielo que nos afligía, proporcionaba siempre al mismo tiempo sus gracias y sus consuelos. Nuestra Reverenda Madre tuvo además el de ser instruida por el mismo Dios de que Sor Magdalena había, después de algunos días de purgatorio, aumentado el número de los Santos. Teníamos varias novicias y donadas, pero no quedábamos más que tres profesas. La muerte de nuestras hermanas despertó contra nosotras los clamores del público. Se creyó doblemente autorizado a censurar un género de vida que abreviaba la existencia de las que se consagraban a ella. El efecto que produjo en nosotras fue muy diferente. Habíamos experimentado cuán dulce es morir al servicio del Señor. Una pequeña circunstancia probará que esta idea de la muerte, tan triste para los mundanos, no lo es ya para aquellos que se han entregado de buena fe a Jesucristo. Durante los últimos días de la enfermedad de Sor Magdalena, se estaba trabajando en hacer un paño mortuario: nuestra sacristía no existía aún. La que lo trabajaba fue llamada para acompañar a la enferma. Llevó allí su trabajo sin que le viniera al pensamiento que pudiera alarmarse la enferma. En efecto, lo vio con sangre fría y sin sentir la menor impresión de pena.

[94] Habíamos adquirido la dulce y feliz costumbre de apoyarnos en los socorros del cielo y fijar en él nuestras esperanzas para la conservación de nuestro Instituto. Vimos sin miedo los desastres de la muerte y la sublevación del público, aún del público virtuoso. No tardó mucho el Señor en hacernos sentir de nuevo que era nuestro protector y que eso debía bastarnos. Recibimos un Breve del Papa que nos otorgaba amplias indulgencias, con lo que aprobaba indirectamente un establecimiento que las circunstancias en que se encontraba la Iglesia de Francia no le permitían aprobar de otro modo<sup>44</sup>. Los Superiores de la diócesis aceptaron estas indulgencias<sup>45</sup> y fueron comunicadas públicamente en nuestra capilla. La Sociedad de la Srta. Geoffroy pretendía que el Breve debía extenderse a ella. Se mantenía que a pesar de la separación proclamada, a pesar de la diferencia total de la regla que seguíamos, esta Sociedad no era más que una misma cosa con nosotras. Esta discusión fue desagradable. Nuestros Superiores se vieron obligados a declarar que se cometería un acto temerario y censurable, al apropiarse de las indulgencias que no habían sido otorgadas más que para nuestra casa. El asunto quedó en eso por el momento.

[95] Varios novicios de uno y otro sexo se presentaron para hacer su prueba y fueron admitidos. Los hombres se establecieron en la casa enfrente de la nuestra, que la Madre Enriqueta había obtenido por sucesión de la Sra. Aymer,

---

<sup>44</sup> El rescripto de indulgencias es del 20 de abril 1801.

<sup>45</sup> El permiso del vicario general para la publicación del rescripto de indulgencias está firmado el 23 de junio 1801.

su madre. Se vieron obligados sin embargo a continuar viniendo a rezar el oficio en nuestra capilla y a ocupar el día en los apartamentos de nuestra casa. La persecución de la Iglesia y su número aún demasiado pequeño, no les permitía obrar de otra manera. Por otra parte el ministerio de los sacerdotes Celadores, exigía que pudiesen recibir el aflujo del pueblo que acudía a ellos, y en su casa no podían de ningún modo tener esta facilidad. La separación con la comunidad de las mujeres era total: todo el público era testigo de ello.

[96] El P. Hilarión comenzó a desarrollar una carrera digna de sus talentos. Varias personas que se destinaban al sacerdocio vinieron a terminar sus estudios bajo su dirección. Este joven religioso que aún no tenía 20 años, se convirtió en profesor de este pequeño seminario. Su ciencia, su virtud, los ejemplos continuos que daban los religiosos sacerdotes, dispusieron de tal modo a los Superiores eclesiásticos a favor de los Celadores, que obtuvieron la aprobación de su establecimiento, como el año anterior se había obtenido para el de las Celadoras<sup>46</sup>.

El Superior de los trapenses establecidos en París hizo en varias ocasiones gestiones ante el Reverendo Padre José María para reunir la casa de ellos con la suya y ponerse bajo su autoridad<sup>47</sup>. Esta proposición no fue aceptada: era contraria a los estatutos de nuestra Orden. Habría sido necesario para que pudiera haber tenido lugar, que los trapenses hubiesen renunciado a la práctica de su Regla para conformarse a la de los Celadores, que no permite reunión más que en esta forma.

[97] Para continuar estas memorias me sería en parte suficiente, si no hubiera sido testigo de lo que escribo, el leer los relatos sobre los conocimientos que Dios concedía a la Reverenda Madre Enriqueta. Había visto de antemano casi todo cuanto he narrado, y al continuar Dios dándole la misma gracia, podría escribir nuestra historia con anticipación, y la experiencia del pasado me prueba que no me equivocaría con el porvenir. Señalo aquí que, desde los comienzos, la marcha de nuestros asuntos seguía poco más o menos la de los asuntos de Estado. A medida que nuestra Reverenda Madre conocía lo que nos debía suceder, conocía también lo que sucedía en el secreto de los despachos políticos y los diferentes terremotos que se preparaban en el gobierno, y Dios la ordenaba siempre rezar y hacer rezar mucho por ello. Las grandes desgracias suspendidas sobre la cabeza de los franceses, fueron desviadas de esta manera. Ya se conocerá después hasta qué punto se extendió la misericordia del Señor y la protección de la Virgen Santa sobre Francia y sobre nuestra Orden, destinada a entregarse para hacer volver a ella la Religión y la paz. Los que continuarán estas memorias tendrán como yo las pruebas entre las manos, y sin duda el porvenir proporcionará muchas otras. Señalo esto simplemente de paso, por ser mi intención no escribir profecías sino la historia de que he sido testigo.

---

<sup>46</sup> La aprobación de los Hermanos por el Sr. de Mondion, vicario general de Poitiers, es del 20 mayo 1801.

<sup>47</sup> Las dos cartas de Dom Xavier, abad de los trapenses de la Forêt de Sénart son del 1 de julio y del 22 octubre 1801.

[98] El infierno no veía tranquilamente un establecimiento que le arrancaba las víctimas. Los demonios se repartían por la ciudad para animarla contra nosotros. Sugerían tentaciones a nuestros novicios para que nos abandonaran. Fatigaban a nuestra Reverenda Madre sobretodo para hacerle abandonar la decisión sobre el depósito del huerto, para el que Dios le había prometido enviarnos agua milagrosamente. Rodeaban la casa y hacían cuanto estaba en su poder para crear miedos durante la noche y hacer abandonar la adoración. Se cree que el manteo blanco les hizo retirarse. Uno de ellos huyó una vez delante del Padre José María cerrando una puerta con violencia. El cielo nos consolaba haciendo cada día milagros a favor nuestro. Nos faltaba el agua esperando el efecto de la promesa que Dios había fijado para un momento que no quería revelar aún, y todas las veces que se advertía a nuestra Reverenda Madre que nuestra mala cisterna estaba seca, ella rezaba e inmediatamente llovía. El jardinero que se dio cuenta de ello, dijo una vez: *"La Señora Enriqueta, acaba de verme regar, no tardará en llover"*. La señal de este buen hombre era justa: obtenía agua para los frutos de la tierra que eran necesidades diarias de la casa. El 13 de junio el fuego se prendió en la chimenea de la cocina. La capilla estaba llena de gente; se temían los efectos que estos acontecimientos tienen ordinariamente en las ciudades. Nuestra Reverenda Madre apareció en la cocina, el fuego cesó de repente sin que quedara el menor rastro de que lo hubiera habido. El obrero llamado para apagarlo, no pudo callarse el grito: *"Pero, Señora, vos hacéis de verdad milagros!"*.

[99] El milagro continuo de que éramos testigos, era la misma existencia de nuestra Reverenda Madre. Si escribiera su vida y no la historia general de la Orden, entraría en el detalle pavoroso de las austeridades, casi sin ejemplo, que practicaba. Nos es suficiente decir aquí en apoyo de los hechos que he de narrar, que aumentaba el rigor de su penitencia a medida que el cielo aumentaba para ella sus favores y hacía avanzar los asuntos de la Orden. Dios había exigido de ella y del Reverendo Padre José María que asumiesen mutuamente el compromiso, él el de tener cuidado de su alma, ella de declarar las gracias y los conocimientos que Dios la hacía. Además ella le dio el permiso de revelar, a quien quiera que le pareciese, todo cuanto ella le había dicho, aún en confesión, y hasta sus pecados. Se puede leer enteramente el acta de este compromiso, firmado por varios testigos<sup>48</sup>. De ese modo estas dos almas grandes, avanzando concertadamente a la luz brillante con que Dios las iluminaba, hacían rápidos progresos en su perfección y en la de la obra a la que se habían consagrado. Sin embargo, estos progresos aún no eran mas que poco conocidos, todo no sucedía apenas mas que entre el cielo y el reducido recinto de nuestra morada.

[100] El 15 de agosto, día de la Asunción de la Virgen Santa, hicimos la renovación de nuestros votos, y nuestra Reverenda Madre recibió los de tres novicias que fueron admitidas a la profesión, una de coro y dos conversas. Ella vio, como la primera vez, el cielo atento a la ceremonia. Santa Coleta apareció vestida de blanco. Recuerdo aquí de nuevo que era siempre en el seno de la divinidad donde la Madre Enriqueta veía todas estas maravillas, y jamás con los

---

<sup>48</sup> Acta del 6 de mayo de 1801

ojos del cuerpo. El 22 del mismo mes, la Señorita Viart hizo sus primeras resoluciones de noviciado con el nombre de Sor Francisca. San Fridolino estaba en esta segunda ceremonia. Hacía mucho tiempo que el cielo comenzó a manifestar sus designios particulares sobre esta novicia: su nombre de religión le había sido dado por la Virgen Santa, que designaba ordinariamente los que era necesario dar a cada novicia que entraba con nosotros.

[101] Algún tiempo después Nuestro Señor dio a nuestra Reverenda Madre nuevas pruebas de su misericordia. Se lo explicaba así a nuestro Reverendo Padre: *“Ha sido esta mañana cuando he visto con Nuestro Señor a San Bernardo a quien he distinguido el primero, después a Santo Domingo, San Agustín que me ha costado encontrarlo. A San Pacomio, que me ha sido nombrado, lo tomaba por San Jerónimo, pensando que él debería orar por nosotros. Vos debéis hacer, vos solo, todo lo que hacían las instituciones que ellos fundaron. San Pacomio significa que tendréis un gran número de discípulos que llevarán una vida penitente; San Agustín, que debéis creer fácilmente en la conversión de los pecadores, recibirles, ayudarles, que convertiréis muchos con un acercamiento fácil. Santo Domingo es la ciencia, y que debéis predicar e instruir a la juventud. Pero es San Bernardo a quien debéis imitar; él encierra todo: su amor por los niños, su soledad, sus recursos ante el Papa, los reyes, los grandes; como él, aunque vuestros asuntos provienen de Dios, seréis criticado, perseguido”*.

[102] En otra parte dice aún al Padre José María: *“He vuelto a ver vuestros cuatro Santos. Nuestra institución debe cumplir ella sola el fin de todos ellos. Debéis como San Pacomio, tener muchos niños que, llevando una vida diferente, tendrán un mismo espíritu. Debemos imitar su vida penitente, su silencio, su oración. Santo Domingo se encontraba allí como uno de los hijos queridos de la Virgen Santa de la que ha defendido de una manera victoriosa ciertos privilegios que osaban atacar”*.

[103] Continúa en otro lugar: *“Después de la Santa Comunión ha pasado como una gruesa nube que se ha entreabierto para dejarme ver, de un lado a Santa Magdalena a los pies de Nuestro Señor de quien sentía la presencia, pero que estaba en la nube, del otro lado San Juan, al lado San José, en medio la Virgen Santa. Estaba en medio de San Joaquín y de Santa Ana. Detrás estaban nuestros cuatro Santos que presentaban a Nuestro Señor rollos de papel que contenían sus instituciones. Parecían interceder por nosotros y decir: Ellos cumplen todo esto. Debemos tener, nosotras, una devoción particular a Santa Magdalena, y como ella mantenernos a los pies de Nuestro Señor, ustedes a San Juan. Tendremos por protectores a San Joaquín y Santa Ana. Vos debéis predicar la devoción a estos dos Santos cuya intercesión está en desuso y por medio de ellos se obtendrían muchas gracias. Les debemos instaurar una fiesta particular”*.

[104] Una correspondencia de sufrimiento y de amor respondía a tantas gracias con las que Dios llenaba a nuestra Reverenda Madre. Ya casi no podía sostener la vehemencia con la que su alma volaba hacia el cielo: su cuerpo sucumbía. Una contemplación continua, de la que estaba obligada a distraerse haciéndose

violencia para atender a sus ocupaciones y disimular aquello que podía manifestarse al exterior, la consumía de tal modo que comenzamos a temer seriamente que el cielo no la arrebatara de la tierra, y aunque viéramos todos los días el cumplimiento de sus antiguas predicciones, todo lo feliz que anunciaba para el porvenir, no podía consolarnos del temor de verla morir. Esta época, una de las más interesantes de nuestra historia por la relación que tiene con los asuntos del gobierno del Estado, fue una de las más dolorosas. Sin embargo tuvimos aún una poderosa consolación, antes del momento de estar a punto de saltar todas nuestras alarmas.

[105] Hacía mucho tiempo que había dicho que veríamos a un hombre que nos haría mucho bien, que estaba de viaje, en él que corría riesgos. Nuestro Señor la había pedido que rezara por él. Esta predicción estaba casi olvidada, aunque estuviera escrita en su momento. A comienzos del otoño de este año 1801 nos enteramos de que Mons el obispo de Saint-Claude estaba en nuestra ciudad<sup>49</sup>. Nuestra Reverenda Madre tenía una relación bastante cercana por lazos de sangre, y le había conocido muy particularmente en tiempos anteriores. Fue a hacerle una visita con la intención de darle a conocer nuestro establecimiento. Efectivamente el prelado vino a visitarla. Vio a nuestro reverendo Padre y manifestaba tomar un interés general por todo. Se encargó de hacer llegar al Nuncio del Papa en París una súplica para obtener la aprobación de lo que éramos y de lo que queríamos ser, acompañándola de las recomendaciones más insistentes, y no limitándose a ello su interés, repitió sus visitas a nuestros Superiores y les observó bastante de cerca para formarse una alta idea de sus méritos. Sin embargo todavía no se le había dado a conocer nada sobre las gracias particulares que ellos habían recibido del cielo.

[106] Nuestra Reverenda Madre había visto, hacía ya mucho tiempo, a una persona muy joven que la Virgen Santa se lo presentaba como teniéndole bajo su custodia de una manera muy particular. Había sido obligada a hacer muchas oraciones y comuniones por él, pero Nuestro Señor no la había dicho de quién se trataba. Lo volvió a ver el 5 de noviembre con una corona sobre la cabeza, y la Santa Virgen le ordenó rezar, para que fuera coronado. La misma visión se renovaba frecuentemente. Conoció que pertenecía con certeza a la familia de los Borbones, y vio al mismo tiempo a príncipes de esta sangre volver a Francia con todos sus privilegios. Nuestro Señor rehusó instruirla de un modo más preciso sobre quién era este joven, pero la ordenó hacer por él, con varios Celadores y Celadoras que la fueron designados cada uno en particular, una novena de comuniones y algunas plegarias.

[107] Tuvo también conocimiento de las turbulencias secretas con que estaba agitado el gobierno, las angustias del cónsul, las dificultades por que atravesaban los asuntos de la Iglesia entre él y el Legado. No hago más que designar aquí todo lo que Nuestro Señor la manifestó en esta época, sus detalles han sido escritos en su medida y se los encontrará como piezas justificativas del informe que Dios daba de nuestros asuntos y de aquellos del Estado.

---

<sup>49</sup> Mons. Jean-Baptiste de Chabot, tío de la Buena Madre

[108] Es necesario aún observar que nuestra Reverenda madre veía al mismo tiempo su muerte próxima. Nuestro Señor se la ofrecía. Conocía además que si moría, se acabarían los disturbios del Estado. Parecía que Dios quisiera contentarse con esta preciosa víctima. Nuestro Reverendo Padre a quien comunicaba todas estas diferentes visiones, estaba con una pena extrema. Sabía hasta qué punto su vida era útil a nuestra Orden. La ordenó, por tanto, que pidiera continuar en ella. Sin embargo inquieto, alarmado, viendo por todo lo que Dios operaba de extraordinario en esta alma que estaba retenida sobre la tierra, pero que la amplitud de sus sufrimientos y de su amor la empujaba con violencia al seno de su Creador, fue a consultar a Mons. el obispo de Saint-Claude y le contó en detalle el contenido de su inquietud.

Este prelado decidió que era necesario que nuestra Reverenda Madre hiciera a Dios la petición de San Martín<sup>50</sup>. Ella ignoraba esta decisión, pero Nuestro Señor habiéndosela dado a conocer, fue la primera en hablar de ello a nuestro Reverendo Padre. Desde ese momento su cuerpo se debilitó sensiblemente. Nosotras no dudamos que ya se nos había exigido el mayor de los sacrificios. Ella misma lo creía, porque Dios la ponía siempre la muerte delante de los ojos. Sin embargo la dejaba en la incertidumbre, y nos decía alguna vez: *“quizás no me muera”*. No cesamos de pedir con un ardor inexpresable, que Dios se dignara hacer con nosotros lo que otra vez hizo con Ezequias, y aún nos quedaba la esperanza. Durante ese tiempo se ocupaba en arreglar sus asuntos y en proveer al porvenir de los de la Orden. Quiso hacer su billete para la elección de su sucesora, como se acostumbra en nuestra Orden, pero Dios no le concedió esta posibilidad hasta que recibió los votos de Sor Francisca que, deseando el consuelo de ser su hija sobre la tierra antes de que la dejara, la solicitó que la hiciera consumir su sacrificio. La ceremonia no se realizó públicamente, sino tan solo en presencia de algunos testigos que firmarían las actas. Algunos días después admitió a su profesión a otras dos novicias, una de coro y una conversa.

[109] Mons. el obispo de Saint-Claude venía menudo a verla. Siguió de cerca todos los detalles de su estado. Su admiración crecía a medida que entraba más adentro en el conocimiento de lo que estaba pasando. Su extrañeza era extrema al ver con que exactitud y precisión ella le descubría todo cuando le concernía: el pasado, el porvenir y hasta los secretos de su conciencia. Admiraba todo lo que puede la gracia, y no encontrando que la vida regular y edificante que él había llevado hasta ahora, fuera suficiente para un Dios tan rico en misericordia, comenzó por consejo de nuestra Madre el plan de conducta que le convirtió en uno de los santos prelados de Francia y llegó a ser el más celoso protector y bienhechor de nuestra Orden. Un día nuestra Reverenda Madre le reconoció de repente como la persona que Dios la había mostrado así un año antes, y supo que en efecto había corrido riesgos en su viaje para entrar en Francia y que el vestido que tenía ese día que ella le reconoció, era el mismo que llevaba entonces. Y como no se lo había puesto las otras veces que había venido a verla,

---

<sup>50</sup> *“Domine, si adhuc populo tuo sum necessarius, non recuso laborem”* – “Señor, si aún soy necesario a tu pueblo, no rechazo seguir en el trabajo”.



el cambio de traje la había impedido reconocerle antes. Esto es tanto menos admirable cuanto la ocupación de la contemplación la impidió detallar positivamente los objetos que Dios la mostró en aquellos momentos.

[110] No hay términos con que expresar todo cuanto ella sufría en su alma o en su cuerpo todos aquellos días en que veía, alternativamente y al mismo tiempo, la muerte que Dios la presentaba y el retorno de la paz de la religión y de la realeza en Francia. Por fin, en la noche del 22 de noviembre encontrándose en agonía mientras estaba ante el Santo Sacramento, se fue arrastrando penosamente hasta la sala de nuestras Hermanas donadas. Corrieron a advertir a los sacerdotes. El Padre José María y el Padre Isidoro vinieron donde ella. La veían en su último suspiro. El Reverendo Padre José María aprovechó la poca fuerza que aún le quedaba para hacerle sentir de corazón y de palabra todos los sacrificios que la creatura puede hacer al amor perfecto que debe a su Creador. La condujo hasta el extremo de san Pablo haciéndola aceptar ser anatema por la salvación del mundo entero. La administró a continuación la Santa Comunión. La víctima estaba preparada. Nuestro Señor había llevado a la última prueba el amor y la fe de sus hijos. Ella había escuchado interiormente una voz que la decía: *"a las tres, a las tres"*. En efecto, al sonido de las tres horas de la noche, se levanta diciéndose en alta voz: *"estoy curada"*. Le volvieron sus fuerzas, y bendecimos a Dios por haber parado el golpe que tanto temíamos.

La esperanza de que el ardor de nuestros deseos podría aún prolongar su existencia, trajo un poco de calma a nuestras almas, que habían sido turbadas en exceso por todo cuanto acabo de narrar. Nuestra Reverenda Madre entregada al sufrimiento en todos sus géneros, continuó recibiendo del cielo, pero sin consolaciones, todos los conocimientos de los que he dicho algo en el curso de estas memorias. Mons. el obispo de Saint-Claude partió para París, y le predijo que recibiría un obispado<sup>51</sup>.

[111] El 15 de enero advirtió que debían venir ladrones a una hora determinada de la noche y entrar en la casa por tal lugar. A la vista de esta predicción se cerraron las salidas con cuidado y el Padre Isidoro velaba ante el Santo Sacramento. A la hora anunciada escucha un ruido. Corre, el ruido aumenta; levanta la voz; el miedo se apodera de los malhechores que emprenden la huída; al día siguiente se dan cuenta de que el panel de la ventana estaba casi arrancado. Un tablar de la huerta con pisadas, una puerta arrancada y robada, fueron pruebas ciertas de la verdad de la predicción y del cuidado que Dios se tomaba por velar sobre nosotras y conservarnos con milagros.

[112] El 2 de febrero hicimos la renovación de los nuestros votos. Nuestra Reverenda Madre dio cuenta a nuestro Reverendo Padre en esta época de la visión siguiente: *"Dios me ha hecho conocer que se mostró corporalmente a Sor Margarita María, para que hiciera conocer la devoción a su Sagrado Corazón. Ha acordado esta gracia a las hijas de la Visitación, porque su regla es suave, cómoda para todos, aunque exige mucho espíritu interior. Ha extendido sobre*

---

<sup>51</sup> Mons de Chabot fue nombrado para la Sede de Mende, el 9 de abril 1802.

*ella una cierta predilección con el fin de hacer amar y extender esta devoción. Adoptada ya actualmente, quiere una Orden que esté destinada a adorar su Corazón, a reparar los ultrajes que recibe, que entre en el dolor interior de este Corazón, que rememore las 4 edades de su vida. Quiere que la Regla sea un poco austera para imitar su vida crucificada, pero quiere que se entre especialmente en la crucifixión interior de su Corazón Por esa razón se sufre tanto, y por eso no se comunica mas que interiormente y no sensiblemente<sup>51 b</sup>. Me ha dicho que ya no tendré las consolaciones que acompañan ordinariamente los conocimientos que da. Seréis vos quien las tenga, y acabaréis también por tener conocimientos. Todas las pequeñas sociedades no subsistirán por largo tiempo, varias de sus personas vendrán a nosotros [...]", etc. etc.*

[113] Continuaba así de día en día penetrando el porvenir según los designios de Dios sobre nosotros y conociendo una parte de lo que sucedía en el secreto de los despachos para los negocios de la Iglesia y del Estado. El 12 de marzo vio que había en Francia una mitad de católicos y además un tercio de la otra mitad, justos en su mayor parte, pero no suficientemente sacrificados como para obtener misericordia. Vio al mismo tiempo una balanza y que, si se encontraran 10 justos que entrasen en la plenitud de la renuncia a sí mismos y del espíritu de sacrificio sin excepción, y por un amor desinteresado para Dios, estos diez justos harían inclinarse la balanza y obtendrían misericordia para Francia entera<sup>52</sup>. Ella ofrecía para esta intención gran número de personas, pero Dios no encontró entre ellas más que 8 con esas disposiciones. Él las aceptó y nuestra Reverenda Madre vio con consolación que eran Celadores y Celadoras. Ella o nuestro Reverendo Padre les previnieron de la elección que Dios acababa de hacer. Dieron para ello su consentimiento, porque observo que Dios deseando que se entrase de ese modo en esta balanza, no lo exigía. Fue pocos días después de esta época cuando el concordato realizado entre el Legado del Papa y el primer cónsul de Francia se hizo público por fin y comenzó a ponerse en ejecución<sup>53</sup>.

[114] El 26 del mismo mes Dios llamó a su seno a nuestra Sor Isabel, religiosa conversa. Murió de un doble absceso maligno que se había fijado en su interior. Su enfermedad fue larga y excesivamente dolorosa. No pudiendo permanecer acostada acabó en un sillón con su entero conocimiento, una paz profunda, recompensa del coraje con que había soportado durante su vida grandes penas interiores y de todas las virtudes que había practicado. La dulzura, la paciencia, la asiduidad a la oración, el atractivo por la Santa Comunión que recibía todos los días, fueron las principales. Tenía unos 45 años. Nuestra Reverenda Madre vio que estaba en el purgatorio por negligencias en la recitación de sus rosarios y el

---

<sup>51 b</sup>. Este texto señalado con diferente letra, aparece en los *Écrits 1802-1809, Roma 2000*, publicado por la Casa General de las Hermanas, con una variación digna de anotarse: "Il veut que la Règle soit un peu austere a fin d'imiter sa vie crucifié, mais il veut qui on entre particulièrement dans le crucifiement intérieur de son Coeur. C'est pour cela qu'il ne se comunique qu' intérieurment et non visiblement. Il veut qu'on souffre tant...". En la nuestra se expresa tan solo la constatación de un hecho, en ésta se entra peligrosamente en la misma voluntad de Dios. Nos parece que hay una diferencia sustancial (N.T.)

<sup>52</sup> Carta del Buen Padre, el 15 de marzo 1802, a Mons. de Chabot.

<sup>53</sup> El concordato firmado el 15 de julio 1801, fue solemnemente promulgado el 18 de abril 1802.

octavo día después de su muerte, conoció que sus penas habían acabado. La vio en el cielo

[115] Fue a finales de ese mes de marzo 1802 cuando el hermano Bernardo habiendo llegado al final de sus compromisos que no había hecho mas que por un año, como lo he relatado, se retiró definitivamente y renunció a esa vocación que durante un tiempo fue su felicidad, la esperanza de nuestro Reverendo Padre, y que será siempre una lección para aquellos que corriendo la misma carrera, querrían poner límites a su sacrificio<sup>54</sup>.

[116] Me detengo aquí... La paz en parte devuelta a la Iglesia prepara grandes acontecimientos para nuestra Orden. Volveré a tomar un día la narración, y si antes de ese momento acaba mi vida, quiero aún trazar como última línea, que el sentimiento más profundamente grabado en mi corazón es y será siempre lo que debo a la misericordia de Dios que me llamó, a los Superiores que se dignaron recibirme, a las muy queridas Hermanas que me soportaron.

Annales1962, pp. 172-241  
Secretariado General

---

<sup>54</sup> El Sr. de Villemort fue ordenado de sacerdote en 1839 por Mons. de Bouillé, y murió el 16 de noviembre 1851 a la edad de 77 años, sacerdote de la diócesis de Poitiers.

